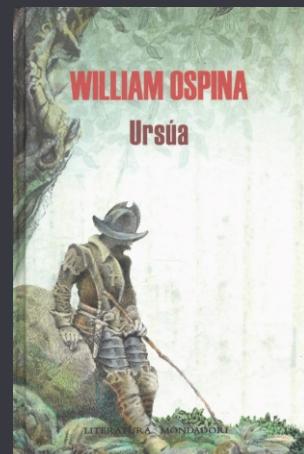




Visita al territorio de William Ospina



La Escalera

Lugar de lecturas

Cincuenta años de vida en estas tierras llenaron mi cabeza de historias. Yo podría contar cada noche del resto de mi vida una historia distinta, y no habré terminado cuando suene la hora de mi muerte. Muchos saben relatos fingidos y aventuras soñadas, pero las que yo sé son historias reales. Mi vida es como el hilo que va enlazando perlas, como el indio que veo animando al metal en ranas y libélulas, en collares de pájaros, en grillos y murciélagos dorados. Tengo historias de perlas y de esmeraldas. Sé cómo perdió su ojo Diego de Almagro en la desembocadura del San Juan y cómo perdió el suyo fray Gaspar de Carvajal junto a las playas del gran río. Sé cómo escondió Tisquesusa en las cavernas del sur el tesoro que perseguía en vano el poeta Quesada, y sé cómo los incas llenaron de piezas de oro una cámara grande de Cajamarca para pagar el rescate del emperador. Conozco el misterio de las esferas de piedra enterradas en las selvas de Castilla de Oro y el origen de las cabezas gigantes que tienen musgo en las pupilas. Conozco la historia del hombre que fue amamantado por una cerda en los corrales de Extremadura y que tiempo después se alimentaba de salamandras en las islas del mar del sur. Sé de los doscientos cuarenta españoles que remontaron los montes nevados y cruzaron los riscos de hielo llevando cuatro mil indios con fardos y dos mil llamas cargadas de herramientas, dos mil perros de presa con carlancas de acero y dos mil cerdos de hocico argollado, para ir a buscar el país de la canela, y conozco la historia del primer barco que bajó de las montañas brumosas de los Andes y navegó ocho meses entre selvas desconocidas que crecían. Sé quiénes descubrieron el mar del sur, quiénes exploraron la montaña de plata, quiénes descubrieron la selva de las mujeres guerreras. Conozco las penas de los que construyeron el primer bergantín en los ríos encajonados

de la cordillera, de los que convirtieron centenares de viejas herraduras en millares de clavos. Conozco historias de herraduras de oro con clavos de plata. Sé el relato del hombre que después de tragarse un sapo enloqueció para siempre, y el del capitán que repartió entre sus soldados como alimento un caimán descompuesto. Conozco la guerra en la que se enfrentaron dos viejos amigos, y que terminó con uno de ellos ahorcado lentamente por el garrote infame y el otro muerto en un palacio por doce conjurados. Puedo contar la historia de los diez mil hombres desnudos que remontaron diez años el curso de un río para buscar en las montañas el origen de un barco. Tengo historias para llenar las noches del resto de mi vida y busco a quién contárselas, pero ésa es mi desgracia. En estas tierras ya nadie sabe oír las historias queuento. Todos están demasiado ausentes, o demasiado hambrientos o demasiado muertos para prestar atención a los relatos, aunque sean tan hermosos y terribles como los que yo sé. Otros hablan mil lenguas distintas y no entienden la mía. Y a otros no les gustan las narraciones de hombres de guerra, ni de barcos perdidos, ni de batallas libradas en los mares estrechos de Europa, ni de conventos aferrados a las paredes de las serranías. Pero también conozco otras historias: de animales que caminan por el cielo, de árboles que piensan y de magos que se transforman en jaguares. Sé de la enfermedad de la belleza y sé de la canción para curar la locura, sé del modo como llegaron los hijos de las águilas y sé del modo como los embera se cubren el cuerpo de nogal y de achiote para celebrar sus alianzas con el río y el árbol. Mis historias son tantas que ni el más hondo cántaro podría contenerlas.

Ahora quiero contar sólo una: la historia de aquel hombre que libró cinco guerras antes de cumplir los treinta años y de la hermosa mestiza que hizo palidecer de amor a un ejército. Es la historia asombrosa del hombre que fue asesinado diez veces, y del tirano cuyo cuerpo fue dividido en diez partes. Y tal vez pueda entonces enlazar las historias, una detrás de otra como un collar de perlas, y anudar en su curso una leyenda de estas tierras, la memoria perdida de un amigo muerto, los desconciertos de mi propia vida, y una fracción de lo que cuenta el río sin cesar a los árboles. Contar cómo ocurrió todo desde el momento en que el hombre amamantado por la cerda abandonó la isla de las salamandras para ir a

saquear un país de niebla, hasta el momento de crueldad y de alivio en que la cabeza triste del tirano se ennegreció en la jaula.

1.

No había cumplido diecisiete años, y era fuerte y hermoso

No había cumplido diecisiete años, y era fuerte y hermoso, cuando se lo llevaron los barcos. Tenía el mismo nombre de la tierra que sería suya, en las colinas doradas de Navarra, donde siglos atrás sus mayores alzaron un castillo para resistir a franceses y godos y merovingios. Arizcún es el pueblo más cercano. Una aldea belicosa en la vecindad enorme de Francia, cerca de una línea fronteriza inestable y vibrante, como esas cuerdas sobre las que saltan los niños. Ante los hombres diminutos en el paisaje las colinas susurraban preguntas y las nubes formulaban enigmas, porque toda frontera está tejida de incertidumbre y de hierro. Pero la fortaleza era vieja como su linaje sangriento: un fortín impenetrable con troneras y barbacanas, ceñido por un foso, con saeteras verticales para disparar las ballestas, ranuras por las que sólo caben una flecha y una estría de luz, y, al frente de una ermita milagrosa, muros nunca vencidos, hechos con piedra gris traída de las canteras del norte, de allá donde las vacas rumian en los acantilados mirando un mar frío que a veces se llena de niebla.

Yo nunca vi esas cosas, pero aquí estoy copiando sus recuerdos. Su padre se llamaba Tristán, Tristán de Ursúa. Y si el muchacho viajó temprano a tierras desconocidas es porque sabía que la fortaleza familiar estaba destinada a Miguel, su hermano mayor, y nunca imaginó que éste se desangraría batiéndose por una hembra en calles de Tudela. Él ya estaba muy lejos cuando ocurrió aquel duelo, y después heredó en vano el castillo y los campos, porque otros espejismos se habían apoderado de su mente.

Por ello fue el tercer hermano, Tristán, como su padre, una espada obediente en las guerras del emperador, quien recibió finalmente el señorío con su ermita y sus murallas. Hubo también hermanas, aunque Ursúa nunca me dijo cuántas, que fueron vientres dóciles para los burdos y ricos señores de aquellos condados, y madres del futuro; y un hermano menor al que le asignaron un lugar en la Iglesia, para que la familia cumpliera con todos los poderes de la tierra y del cielo.

Apenas le asomaba en la cara una pelusa de cobre, y no fue la pobreza lo que lo lanzó a la aventura. Si hubiera decidido quedarse en su tierra, confiando en los favores del amo del mundo, cuyo abuelo Fernando de Aragón tuvo siempre en la casa de Ursúa un aliado invariable, y cuyo camarlengo era primo de uno de sus mayores, sin duda habría obtenido algún cargo menor en la corte. Pero el mismo Dios que puso belleza en su rostro, y rabia y diablura en la muñeca de su brazo derecho para maniobrar la daga hacia arriba y la espada hacia toda la estrella del espacio, sembró inquietud en su pensamiento y avidez en sus entrañas, y al muchacho le aburrían los trabajos del campo, y soñaba con lances de sangre y con ciudades de oro.

Los criados ordeñaban las vacas enormes y mansas de pelaje encendido, las criadas cargaban en cubos de madera el agua de cristal y la leche espumosa, las ancianas salpicaban los quesos fragantes con pimienta y tomillo, y con alguna oración dicha entre dientes, los pastores andrajosos empujaban nubes de ovejas por las lomas, los toscos oficiantes de la vendimia pisaban a gritos las uvas y llenaban con mosto los grandes barriles, sus propios primos iban de negocios a Flandes y al norte de Francia, a comprar piezas de seda y grana, hilos para entorchados y bramantes, holanda para sábanas y lencería, y pesados paños de Ruán, pero él prefería demorarse en las posadas riesgosas de la costa, en Hendaya, en Donostia y hasta en Saint Jean de Luz, detrás de la frontera (donde una vez de niño vio un pequeño barco encantado flotando en las naves de la catedral) y oír los relatos asombrosos de los veteranos del mar. Desde muy joven frecuentaba esas fondas de rufianes y gritos, y mientras sus oídos bebían los relatos exagerados e inventivas de los aventureros, él adivinaba al fondo de sus narraciones de sal y de vientos salvajes, de selvas

descomunales atravesadas por grandes pájaros de colores, de sirenas viejas fatigadas en los escollos y de un cielo de cántaro azul cuyas constelaciones formaban figuras de leones y de serpientes, un sedimento de verdad, un alcohol de mundos nuevos y de peligros más punzantes que los trabajos insípidos de la aldea.

Alguien me contó que en un mesón de Tudela había dejado malherido a un hombre, y que ésa fue la causa de que abandonara sus tierras y se atreviera a cruzar el océano, contrariando las costumbres de sus mayores, que sólo amaban la hierba y los montes, y la caza del jabalí de curvos colmillos, y que, agazapados a la sombra de las montañas, miraban al mar con desconfianza. Pero es probable que mi informador haya confundido los lances del muchacho con los tropeles de su hermano mayor y se dejara inspirar por el hecho de que Ursúa, en una de sus guerras, fundó en el nuevo mundo una ciudad a la que llamó Tudela en recuerdo de su remoto país. Pero la Tudela de España es una vieja ciudad de campanarios, que recibe y despide siempre las aguas desbordadas del Ebro, y la que Ursúa fundó en tierra de los muzos era un fuerte fantástico, llamado a ser con los siglos la Ciudad de las Esmeraldas, si no hubieran torcido su destino los astros, que nadie gobierna.

Es verdad que su linaje era vasco, pero su familia cercana estaba más ligada a la tierra que al agua, y no se asomaba a los puertos ni husmeaba en las naves que buscan el revés del mundo. Y eso suena extraño, porque aunque los vascos tengan la costumbre de hablar con los árboles, y sean capaces de dar vino dulce a las abejas en invierno para que no se mueran de frío, y protejan las cosechas sembrando avellanos rezados, nadie ignora su destreza con el viento y las olas, y tal vez no miente quien dice que esos hombres tensos, en auroras lejanas, les enseñaron a navegar a los vikingos. Los Ursúa, en cuyo nombre hay una parte de agua y una parte de fuego, habían sido los primeros pobladores de todo el valle, y nadie recordaba una época en que no estuvieran allí con sus lebreles y sus palomas, ni siquiera el poeta Arbolante, que cantó las dinastías de España desde la creación del mundo, y la edad en que pastaban bisontes rojos en las llanuras. Se dice que uno de los primeros Ursúas de los tiempos antiguos se encolerizó cuando otra familia plantó tiendas a leguas de distancia hacia el sur, porque sintió

que le robaban el aire y la luz. Con los siglos se hicieron más corteses, y la familia se envanecía en recordar que alguna vez mozos de su sangre fueron aceptados como rehenes para garantizar un convenio entre Pedro el Ceremonioso y Carlos el Malo, en tiempos de las guerras entre Aragón y Navarra.

Yo sólo sé que Pedro de Ursúa no había tenido nunca relación con barcos y navegaciones, y que, más allá de sus fantasías juveniles, no había deseado de veras viajar hacia tierras lejanas antes de aquel mediodía de marzo de 1542. Era apenas un muchacho de quince años que volvía con su criado de los mesones de San Sebastián, cuando vio a la distancia la polvareda que se alzaba por el camino de Elizondo, y no podía saber que esa polvareda indiferente iba a desviar su vida. Porque lo que levantaba el polvo eran los cascós de los caballos de Miguel Díez de Aux, pariente cercano de su madre, que venía rodeado de guardias y sirvientes, de fortaleza en fortaleza, recorriendo las tierras de su familia después de más de treinta años de ausencia. Era el tío legendario y un poco increíble que tiempos atrás, cuando el mundo era joven, había viajado a las Indias Occidentales enrolado en la inmensa expedición de Pedrarias Dávila, y que para los pequeños de aquel país lleno de Ursúas y de Aux y de Armendáriz, todos parientes entre sí, herederos de viejas batallas y de viejos contratos matrimoniales, ya parecía menos un hombre que un cuento. Venía por primera y por última vez de visita, en plena ancianidad, cumplidos ya veinte años de ser regente de Borinquen, una isla enclavada en el esternón del mar de los caribes, comedores de hombres.

En el patio central de la fortaleza de Ursúa, el viejo Díez de Aux fue saludado por cuernos de caza. Caminó con Tristán, acompañado por otros patriarcas de la familia, mirando el valle de Baztán desde las murallas, y el perfil difuso de los montes que ocultan para siempre la tierra francesa. En la casa se respiraba el clima atónico de las ocasiones solemnes, y los niños nunca olvidaron el momento en que, ya en la mesa familiar junto al fuego, el viejo regente les contó a sus sobrinos adultos, y al grupo de muchachos silenciosos enrojecido por la luz de las llamas, entre grandes sombras que se movían sobre los muros, a veces exagerando y a veces inventando, sus muchas aventuras en el nuevo mundo. Tristán, el señor de la casa, lo

escuchaba con atención, tratando de formarse una imagen de los territorios desconocidos, calculando el poderío de las poblaciones, asimilando las tareas de los enviados que tenían el deber de hacer prevalecer la Corona en orillas tan lejanas de Dios, y al mismo tiempo sondear las riquezas, recoger los tesoros. Él mismo había viajado a cumplir tareas guerreras, pero nunca tan lejos. Y escudriñaba el rostro del anciano para entender de qué modo lo habrían cambiado los soles crueles y las tierras bárbaras. Su regencia era un favor enorme del emperador, quién lo dudaba, no sólo a su pariente, sino a todo su linaje, pero al señor de Ursúa lo inquietaban la lejanía agobiante y los desmesurados peligros.

Miguel Díez de Aux lo escuchó sonriente, y le habló de las tierras conquistadas. Grandes islas ya firmes en manos del imperio, fuertes de la Española, ciudades principales en Isabela, en Fernandina, las domadas arenas de las Antillas. Todo iba tan de prisa en las Indias que hasta había ciudades muertas ya... Él mismo recordaba como un hecho de su borrosa juventud la nube de alcatraces sobre Santa María la Antigua del Darién, cuando llegaron a sus playas los veintidós barcos de la flota real. Y le costaba pensar que sobre esa ciudad, de donde salió Balboa a buscar detrás de las sierras no un río ni un lago sino otro océano, en donde habitaron miles de hombres y mujeres a la orilla de un río tempestuoso, la selva había empujado de nuevo y ya estaban en ruinas, estrangulados por las lianas y apenas habitados por los lagartos, la bella catedral y el hospital y las costosas fortalezas blancas.

Pero el tesoro de México, la plata del Perú, las perlas de las costas de Tierra Firme, no eran más que el comienzo. Aquello era un mundo entero por explorar, con más canela aromada que Arabia, con más zafiros que Cipango. Los pueblos se asentaban sobre montañas que tenían espinazos de oro. El metal corría en arenas por los ríos, se encontraban bolas doradas en el buche de los caimanes y plumas de oro en las alas de los pájaros, y en un lugar secreto de los nuevos dominios, juraban los nativos, estaba bien guardada una ciudad de oro.

Yo puedo ver la luz que brillaba en los ojos de Pedro de Ursúa ante aquellos relatos. Era como si todos sus sueños de adolescencia se estuvieran volviendo realidad de repente, y desde aquella hora no pensó en otra cosa

que en viajar a las tierras que gobernaba Miguel Díez de Aux, y avanzar más allá, a la conquista de las tierras grandes. No lo embriagaba más la codicia de riquezas que la promesa abierta de las batallas, las licencias sangrientas y las crueles excitaciones de la guerra. Porque él era un guerrero desde siempre, como Tristán, su padre, que malhirió franceses en las guerras de frontera pero atacó también en tierras vascas el castillo de Maya, y como su trasabuelo francés Hugo de Aux, hijo del señor de Aquitania, que en un amanecer del siglo XII, cerca a Jerusalén, mató a dieciséis moros y los marcó en su escudo con dieciséis rayos que brotaban de una centella roja.

Sin duda, oyendo a Miguel Díez, Pedro sintió latir su sangre guerrera. Debieron despertarse en sus venas los abuelos dormidos, las espadas sangrantes, bosques avanzando contra las fortalezas, ráfagas de jinetes con turbantes sobre caballos agilísimos cortando el viento con sus sables torcidos, y algo que imaginaba sin saber por qué desde niño, el rostro de un hombre soplando un cuerno de marfil con tanta fuerza que se le agrietaban las sienes, y más allá sudorosos legionarios atrincherados en fila tras los escudos, y últimas oleadas de una tinta roja con cráneos humanos en lo alto de las lanzas, bajo cielos de incendio empavesados de buitres.

Una noche, años después, en el barco que nos llevaba a saltos hacia la Ciudad de los Reyes de Lima, me dijo que fue esa tarde cuando descubrió lo que quería, y que oyendo a aquel viejo de barbas blancas que gobernaba unos mares remotos comprendió por qué llevaba meses frecuentando las posadas de los puertos, armando ociosas tropelías en su mente, oyendo hablar de tierras deformes y de hallazgos deslumbrantes, delirando a solas en las tabernas, y ejercitando la ciencia de la espada y la daga en las ferias de los embarcaderos. Que por ello le preguntó de pronto a su anciano pariente, con un entusiasmo desafiante: «¿Y cómo se llama ese país a dónde vamos?», y que Miguel Díez de Aux, quien sabía apreciar esos gestos de audacia, pareció comprender al oírlo su propio pasado. Por qué había salido tan pronto de aquellos muros familiares, qué sed gobernaba la fatalidad de su sangre, qué avidez de tierra y cielo crecía en las almas de aquellos muchachos atascados en las ruedas del tiempo. Tal vez era su propio destino, destilado en sangre nueva, lo que había venido a interrogar en ese viaje último, en las viejas fortalezas de su familia.

«Tú no vas a ninguna parte, Pedro», le dijo Leonor, intentando impedir lo inevitable, mientras descuidaba el estofado de ovejo con manzanas que le ofrecía un sirviente. «Aquí está tu casa, y tu herencia, y no necesitas ir a correr peligros en tierras salvajes».

Miguel Díez de Aux celebró que Pedro quisiera venir con él a las tierras nuevas, y declaró con voz de seda que por supuesto no se lo llevaría sin el consentimiento de sus padres, pero en adelante se dirigió más al muchacho que a los otros parientes. Y se sintió en sus palabras mucho menos el deseo de relatar a la familia las sorpresas del nuevo mundo, que el afán de ilustrar al joven sobre sus maravillas y peligros. Tampoco él conocía bien los grandes reinos de Tierra Firme, pero fue tan florido y minucioso en la descripción de esas cosas que no había visto, y por momentos habló con tanta alarma de tigres hambrientos y de reptiles descomunales, que la madre de Pedro creyó de verdad que el propósito del anciano era disuadir al muchacho de su antojo de cruzar el océano. Pero Miguel Díez de Aux conocía su sangre: la mejor manera de atraer a un mozo de su estirpe no sería atenuando el peligro sino pintando bien los reinos desconocidos con colores de aventura y de riesgo. Ellos se comprendían desde el comienzo.

«Lo que hizo Cortés fue someter más por la astucia que por las armas a una ciudad inmensa», dijo, «una ciudad de templos bárbaros y de altares sangrientos, alzada sobre una laguna que atravesaban barcas llenas de flores, y que gobernaba un reino de millones de indios. Y siguiendo su ejemplo, este hombre de Extremadura, Francisco Pizarro, al que acaban de matar sus propios amigos, encontró hace apenas doce años una cordillera con ciudades laminadas de oro, el país de Atahualpa, en las montañas del Perú, y la ciudad del Cuzco, llena de momias de reyes guardadas en cofres de oro. Pero allá queda todo por descubrir. Basta ver al licenciado Quesada, que anda derrochando oro por España. Hace cuatro años sometió otro reino en las montañas muy adentro de Tierra Firme, y muy pronto el emperador tendrá que unificar las gobernaciones que están creciendo al ritmo de esas campañas de conquista, en un territorio salpicado de hordas nativas, cada cual con sus jefes y sus guerreros. Al sur del mar de los caribes son todavía escasas las poblaciones españolas, y las separan provincias enteras llenas de sierras sin nombre y de ejércitos sin Dios. Los enclaves del imperio son

como islas pequeñas y desamparadas, en tanto que los fortines nativos son incontables».

Entonces Pedro soñó también con irse a fundar ciudades en esas sierras bárbaras, nuevas Pamplonas y Tudelas y Olites amasadas con el barro y la plata de los infieles, para que el Cristo de Navarra abriera sus brazos sangrantes y abrazara al mundo, para que sonaran también en lo alto de esos reinos de tigres las campanas piadosas de las iglesias, y para que los cazadores que dormían a la intemperie conocieran por fin los zaguanes y las puertas que dejan afuera al mundo y custodian el sueño.

El señor Tristán le preguntó al anciano cuántas veces había estado allí, y Díez de Aux evocó sus viajes de los primeros tiempos, cuando iba al azar de las expediciones, antes de echar raíces en las islas. Colón había bordeado las costas medio siglo atrás; Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa habían fundado puertos en ellas; pero tierra adentro aquello era un país desconocido, con montañas más grandes y abismales que los Pirineos, con nieves más altas que los Picos de Europa, con valles húmedos y ardientes y cordilleras selváticas, con ríos infestados de cocodrilos y poblaciones feroces para el combate, pero también con pueblos industriosos que cultivaban la tierra, y tejían mantas de algodón. Añadió que todos malgastaban el oro, que era mucho, y el tiempo, que era todo, en hacer figuritas de animales y adornos para sus cuerpos desnudos.

La madre de Ursúa se santiguó y se fue a la cocina, pero Pedro se sentía más a gusto por primera vez en la mesa familiar que en las fondas de Saint Jean de Luz, y a lo mejor ya se veía a sí mismo descabezando reyes y recogiendo tesoros. Acostumbrado a vivir en un mundo donde las criaturas salvajes, los jabalíes hirsutos y las urracas habladoras, se habían convertido en parte doméstica del escudo de su familia, y donde la aventura de los días parecía limitarse al paso de las bandadas de palomas migratorias, que eran una sola paloma de sombra sobre los prados, soñaba con ver aquellos animales fantásticos. No necesitaba muchas razones para intentar la aventura, y empezó a hablar de su viaje como de un hecho cumplido. Ésa era siempre su manera de lograr lo que se proponía. Bastaba una obsesión en su mente y ya no hablaba de otra cosa; sus palabras les daban a los presentimientos la forma de hechos concluidos, de hazañas realizadas, cosas

irreparables como si ya estuvieran en la memoria. No me cuesta entender que las decisiones se tomaran tan pronto. Su padre temía por él, pero lo halagaba la idea de que fuera a la aventura en unas tierras donde ya era regente en nombre del Imperio un pariente cercano. Todo ello rebajaba los riesgos a un nivel tolerable, y lo que había sido un capricho absurdo horas antes, se fue cambiando en esperanza y poco después en promesa.

Fue así como empezó a tomar su forma el destino de Pedro de Ursúa. Sigo pensando en él como en un muchacho, porque era seis años más joven que yo. Cuando lo conocí, ya treinta y cinco me pesaban sobre los huesos, y él estaba siempre comenzando a vivir, cada día inventado por un proyecto nuevo, más delirante y más sugestivo que el anterior. Por los tiempos en que inicié, sin quererlo, mi primer viaje, en busca del país de la canela, él tendría apenas trece años, todavía recogido en la casa familiar, custodiado por muros de piedra, bendecido su sueño por ancianas diligentes, llamado a los días bulliciosos por el metal de las campanas y por el mugido maternal de las vacas. Yo iba arrojado al azar de las expediciones entre varones brutales, mientras él todavía se arrullaba recordando las gestas de sus mayores. Abuelos que se batieron en las guerras de Navarra y que le habían dejado a su padre una ristra de títulos demasiado larga y solemne: Tristán, señor de Ursúa, Ricohombre de Navarra con escaño en las Cortes, barón de Oticorén, señor de Gentheyne, bayle del Baztán, potestad de Soule, gobernador de la Villa y castillo de San Juan de Pie del Puerto... Sombras que se perdían hacia atrás en el tiempo, un brumoso tropel de capitanes y de príncipes; varones insolentes que ya habían devastado la tierra antes de que pasara Carlomagno combatiendo a los hijos de la luna; antes de que sonara el cuerno de Roldán allá, detrás de su casa, en las gargantas de Roncesvalles; antes de que su trasabuelo Orsuba se convirtiera en el decimonono rey de España; antes de que los bandos de Corbis y de Orsúa, representados por los cuervos y las picazas, y empujados por los Escipiones romanos, se disputaran los reinos que alientan a la sombra de los Pirineos, y la gruta mágica donde Hércules buscaba en vano a la ninfa Pirene. Pasaba los días embelesado por esas imágenes antiguas, y no podía saber que en su destino lo esperaban las batallas bestiales y las flechas emponzoñadas, que llegaría a ser el hombre más poderoso de un reino indescifrable, que él

mismo se trenzaría en cinco guerras tratando de alcanzar un espejismo, que tendría en sus brazos a la mujer más bella de una raza nueva, y que finalmente la selva se cerraría sobre él como se cierra el agua sobre los pobres náufragos.

Así que Miguel Díez de Aux se alejó de la casa de Ursúa dejando la promesa de solicitar al emperador una recomendación para que el muchacho pudiera viajar a Borinquen, donde le prometió techo y muralla, o a cualquier otro destino en el continente. El joven Ursúa dedicó desde entonces sus días a contactar en tabernas de la costa a todo aventurero, averiguar las condiciones de los viajes, los calendarios de las flotas, a convencer a algunos de sus vecinos, a Juan Cabañas, un mozo de su edad, a Johan el cantero, al licenciado Balanza, para que viajaran con él a las tierras desconocidas.

Y pocos meses después, con una avanzada de muchachos navarros, Pedro, hijo príncipesco del Castillo de Ursúa, ni siquiera lloró al despedirse de su madre en el portal familiar, prometiéndole volver muy pronto cargado de tesoros y de historias gloriosas. Tristán sabía mejor que su hijo que el mar es muy grande y que el mundo no está hecho a nuestra medida, pero no dijo nada que pudiera malograr el entusiasmo de los viajeros. Y Leonor Díaz de Armendáriz lloró con razón en aquella mañana, porque a pesar de los buenos augurios que llevaba la expedición, a pesar del poder de su pariente Díez de Aux sobre la lejana Borinquen, ella no podía ignorar que el muchacho se estaba despidiendo para siempre del viejo solar de los Ursúa, bañado en la sangre generosa de sus abuelos; que su hijo no vería más los rebaños de ovejas por las lomas, y no dormiría nunca más a la sombra de los montes que asediaron sus antepasados de Aquitania. Ella sentía cosas crueles en el fondo de la mente: unos mares amargos le estaban ocultando a su hijo, unos barcos temibles se lo estaban llevando, unas selvas espesas se iban cerrando sobre la caravana que apenas se alejaba. Ese alegre jinete, cada vez más pequeño por el camino de Elizondo, no encontraría jamás la ruta del regreso al país que allá arriba se borraba en las lágrimas.

2.

No tomaron el barco en los puertos brumosos del Cantábrico

No tomaron el barco en los puertos brumosos del Cantábrico, frente a las tabernas de gente de avería donde Pedro sintió llegar a su vida la inquietud de las navegaciones y el llamado lejano de las caracolas de guerra. Cruzaron a caballo de extremo a extremo el reino, dejando atrás entre sus fantasmas de hierro las colinas de la infancia y la plaza de vientos cruzados de Arizcún, a la sombra del golfo de Vizcaya. Vivieron noches turbias en las tabernas del camino, bebieron una locura fugaz en el vino negro de Logroño, y frecuentaron una posada de mujeres en Burgos, donde los más veteranos procuraban curarse en pocas noches de todas las soledades futuras e iniciaron a los muchachos en las licencias de la madurez. Pedro sentía que le estaban llegando de una vez todas las cosas, y las tabernas de Saint Jean de Luz, con sus aventureros locuaces y sus piratas borrachos, le parecieron juegos de niños al lado de estos vértigos inesperados. Estar lejos de las murallas paternas parecía poner a su alcance todas las puertas del mundo, y, entre la luz ondeante de las antorchas y el vino que hace temeraria la mente, las pantorrillas firmes y los senos opulentos de las gitanas pudieron más que sus risas cariadas y su lenguaje de carreteros. Una mujer de silueta magnífica, que se fue volviendo desmesurada y sin forma precisa cuando acabó de desatar el entramado laborioso de sus encajes, lo llevó de la mano por los últimos pasadizos de la noche, y lo dejó en la orilla segura y casi sin placeres de su virilidad confirmada. Al comienzo de la

ebriedad de la carne todo parece amor, pero tardaría mucho en enamorarse de verdad.

Cabalgaron hablando en tumulto hasta oír en el viento el vuelo de campanas de Valladolid. Allí, en un salón penumbroso y solemne, al final de un vértigo de escaleras, Ursúa recogió de manos de otro solícito pariente, el chambelán de la corte, una carta con las insignias de la casa de Austria repujadas en rojo y espeso lacre imperial, que declaraba que el joven pertenecía a una familia principal y reconocida por su lealtad a la Corona, y que el emperador vería con buenos ojos que fuera bien recibido y ocupado en asuntos dignos de su sangre y su mérito. No era el propio Carolus quien la había escrito, pero sí sus secretarios autorizados, mientras el emperador seguía su rutina de país en país, de guerra en guerra y de castillo en castillo, procurando abarcar con su mente y sujetar a su voluntad la turbulencia de las naciones, el furor espinoso de los ejércitos.

Curiosamente, por los días en que Ursúa salió de su casa, la corte imperial cabalgaba rumbo a Navarra, después de visitar el castillo de Olmillos de Sasamón, hermoso como un sueño en los campos de Burgos, y los sobrios castillos de Leiva, en Logroño. No tardaría Carlos V en dejar el gobierno de España en manos de Felipe, el hijo que había engendrado en la hermosa Isabel de Portugal, y entonces esa corte empuñó las riendas de las Indias Occidentales, ante ella se recabaron los títulos y se rindieron los informes, ante ella respondieron después por sus andanzas los varones de Indias.

Valladolid era una colmena de afanes y de ceremonias: la Corona acababa de nombrar como virrey del Perú, el país de los incas, a Blasco Núñez de Vela, antiguo corregidor en Ávila y en Cuenca, y victorioso capitán de la armada. Una penumbra de cortesanos inquietaba el palacio; un tropel de caballos y de peones esperaba en las plazas a quienes iban a emprender el gran viaje. Pedro se sentía parte de la aventura, y no le fue difícil improvisar amigos en el séquito del virrey. Allí estaban los hermanos Cepeda y Ahumada, cuya familia tenía algún vínculo con los piadosos obispos de Navarra, sus parientes.

Y algo nuevo estaba confiando el poder imperial a los capitanes que salían con rumbo a Sevilla y a los reinos de Indias, ese vistoso tropel de

guerreros entre cuyas estampas de filigrana y armaduras de acero se movía fino y alegre Pedro de Ursúa; algo que con los años llegó a ser el mayor surtidor de discordias y la semilla de unas guerras salvajes al otro lado del océano. Serían portadores de buenas noticias para los nativos de ultramar, y eso significaba, por desgracia, de malas noticias para los conquistadores: las Nuevas Leyes de Indias, la minuciosa malla de restricciones que acababa de proclamar el emperador bajo el consejo vehemente del obispo Las Casas, buscando proteger a los nuevos súbditos de la ferocidad de sus propios soldados.

Los primeros cincuenta años de estos reinos ya habían visto el exterminio de pueblos enteros. Las granjerías de perlas reventaron los pulmones de los jóvenes en las costas de Cumaná y de Cubagua, de Margarita y del Cabo de la Vela; las minas hambrientas de las Antillas devoraron por millares a los nativos; los guerreros acorazados fueron a cazar indios en los litorales y los bosques abatidos se abrieron en hogueras para quemar a los que se mostraron rebeldes. Los conquistadores doblegaron a muerte en la guerra y las minas a miles de aztecas, sin contar los millones que mataron las plagas nuevas en las regiones más pobladas. Los naturales de las costas de Tierra Firme, amorosos y pródigos al comienzo, fueron maltratados de tal manera por las sucesivas hordas de exterminio, que se vieron obligados a cambiarse en ferores defensores de sus aldeas. Pronto de todas las costas llovían flechas contra las expediciones, y tan desesperadamente combatían los nativos desnudos, que entraban saltando en el mar con sus armas, sin protección alguna, a rociar en vano de dardos el vientre de los bergantines.

Ello trajo expediciones cada vez más feroces, aceros más crueles, cañones, más pólvora en la bodega de los barcos mercantes y perros hambrientos que sabían saltar sobre los indios y arrancarles el sexo a la primera embestida. Todavía se habla de los rancheos de Pedro de Heredia, que despojaron a los pueblos vivos del Sinú y después a los príncipes muertos, en las llanuras sembradas de tumbas, pero antes de ello, en Santa Marta, una expedición tras otra diezmaron a los indios de Tierra Firme, porque a los aventureros no se les ocurría otra cosa que robar y esclavizar, y cuando tenían hambre no pensaban jamás en sembrar una espiga ni en

empuñar un arado, sino en cargar sobre las poblaciones pacíficas que cultivaban algodón y maíz, y cifrar su salvación en la perdición de los otros. En diez años se habían acabado los tres millones que poblaban la isla de mi madre, La Española, y yo oí de niño la historia interminable de aquellos a quienes les quemaban las manos por su desobediencia, a quienes les cortaban las orejas por su indiscreción, a quienes marcaron con hierros candentes como signo de propiedad y a quienes castigaron con látigos hasta la muerte.

Los hombres de Francisco Pizarro (no puedo olvidar que mi padre era uno de ellos en esa tarde infame) masacraron a siete mil incas lujosos del cortejo real en las montañas de Cajamarca, extenuaron en sus encomiendas a los indios de la sierra y empezaron a encerrarlos en noche eterna en los socavones del Potosí. La vida de los indios de Castilla de Oro fue un purgatorio desde cuando llegaron los barcos de Nicuesa, y un infierno desde el momento en que Pedrarias Dávila llegó a disputarle a Balboa sus pueblos y sus títulos. Los guerreros alemanes sometieron a guanebucanes y caquetíos en las florestas de Maracaibo, y Ambrosio Alfínger dejó por el Valle de Upar y las orillas del río Grande las tierras arrasadas, las familias destruidas, y un rastro de cuerpos y cabezas de indios que cebaba a las bestias y hacía correr tras su expedición una plaga de tigres. Gonzalo Pizarro, harto lo sé yo mismo, persiguió por las selvas del río Coca a los miles de indios serranos que habían sido sus siervos y sus guías y se los dio como alimento a sus miles de perros, y por los mismos días Martínez de Irala enseñaba el terror en el Chaco y en sus avances hacia el Alto Perú. Desde el río Magdalena hasta las alturas heladas de la cordillera del Este, todas las mercaderías de España se llevaban a lomo de indio por las pendientes de barro y los peñascos de musgo, y a veces también iban sobre ese mismo lomo los obispos y los negociantes. Y allá arriba, en la sabana de los muiscas, donde más tarde se instaló con sus tropas Pedro de Ursúa, los súbditos de Aquimín y de Tisquesusa padecían años de hierro entre el coro de ranas de la diosa de la laguna.

Viendo de qué manera decrecían por millones los indios, cuán difícil era para los miles de buitres gordos y negros alzar vuelo después del hartazgo, y cómo en las llanuras blanqueaban cantidades de esqueletos humanos, el

obispo Las Casas salió de Guatemala con plegarias latinas en sus labios, cruzó los valles de México cabalgando espantado hasta el mar, se embarcó un día de vientos fríos en el puerto de la Vera Cruz, donde lo despidieron enjambres de indios cubiertos con mantas de colores, cruzó rezando y escribiendo las cuatro lunas anchas del mar borrascoso, y corrió atormentado hasta el palacio del emperador para exigir leyes severas que moderaran la crueldad de los guerreros y salvaran a los millones que sobrevivían de milagro en las inmensidades del nuevo mundo. Pero el emperador no estaba jamás en su palacio, aquí y allá lo llevaban por sus reinos de Europa las guerras y los asuntos de la corte, y el cura desvelado tuvo que cruzar una y otra vez el océano, y esperar por años en las antecillas del poder hasta cuando Carlos V tuviera oídos para los tormentos de un fraile.

No era fácil para el amo del mundo resistir la presión de sus hombres, las embajadas con cara de piedra de sus acreedores alemanes y genoveses, el hechizo del oro que amontonaban a sus pies los adelantados de Indias, pero fray Bartolomé, escuálido como un eremita y con los ojos llenos de luz interior como un visionario, contaba, además de su elocuencia de arcángel, con el mejor argumento para convencerlo: la diadema ceñía una frente marchita, Carlos tenía más de cuarenta años, una edad avanzada, lo afigían la gota y las fiebres cosechadas en la intemperie, los riñones maltratados por las cabalgatas de invierno y los ardores del vientre ulcerado por la diplomacia y por la teología, de modo que sentía cercano el momento de comparecer ante el único tribunal capaz de juzgarlo. Él, que lo tenía todo y que era el sostén de la cristiandad, ¿no estaría poniendo en peligro su alma en vísperas de acudir ante aquellos estrados con ángeles? El argumento era invencible, y el emperador confió las Leyes Nuevas a los galeones dorados, las entregó al influjo de los vientos del noreste, para que las llevaran sobre el abismo en las manos fieles del oidor Vaca de Castro y del virrey Blasco Núñez de Vela, sin ignorar que esto despertaría malestar y rencor en los violentos varones de Indias, cada vez más ávidos del oro de los cuerpos y de las minas, de la plata de los socavones, de las largas vetas verdes de cristal que serpentean bajo las montañas, y del fondo arenoso de perlas del mar de diversos colores. Todos seguían borrachos de proyectos con los

reinos de caoba, de canela y de especias que todavía se escondían en las regiones inexploradas, y estaban dispuestos a macerar hasta el polvo a esos millones de criaturas sin nombre, con piel de barro y corazón de arcilla, que Dios había destinado para su servidumbre.

Ninguna esperanza podía tener la corte de que se acataran unas leyes que los encomenderos leían rabiendo y gruñendo, dando puñetazos de hierro en las toscas mesas de las posadas y en las mesas finamente servidas de las haciendas, y hasta escupiendo sobre el águila de dos cabezas de la casa de Austria, pero emitirlas salvaba la conciencia de los reyes y de las altas potestades por la brutalidad de estos hombres que no vacilan ante el crimen y que ven en los pueblos de indios manadas odiosas: carne de servidumbre si se someten, cercos de sediciosos si se resisten, y, cuando se alzan en selvas de plumajes y en estruendo de cascabeles para la rebelión, criaturas de la estirpe de los demonios. De esos demonios que España aprendió a temer a la luz de unas hogueras en cuyo corazón alguien grita, al avance de garfios que escarban en la carne viva y al soplo de alardos que brotan de la boca de las mazmorras. Santificaron el odio con oficios solemnes en una lengua de eruditos, le dieron cuerpo al miedo entre seres de incienso y trenos sobrenaturales, y hoy encuentran en todas partes ese mal al que odiaron por herencia, adoctrinados por el fierro y la brasa.

Ursúa conoció así las Nuevas Leyes de Indias antes de que empezaran a gobernar las voluntades, y adhirió a ellas con la alegría y la inconsciencia de su juventud, sin pensar que estaban hechas para contrariar la fiebre que sentía palpitarse en sus venas. Aquellas normas, redactadas por hombres cuyas armas eran la pluma y la tinta, prometían refrenar a los guerreros codiciosos y a los encomenderos violentos, y ése era el bando al que, aún sin batallar, él ya pertenecía.

Con Lorenzo de Cepeda, quien se uniría de nuevo al virrey en Sevilla, cabalgó seguido por sus hombres hasta las murallas de Ávila, y de allí cruzaron la sierra hacia el sur, pasando por la villa de Cebreros, donde los sorprendieron las lluvias casuales de agosto. Me contó que un día, por el confín de la sierra de Gredos, vieron cuatro toros de piedra abandonados en medio del campo. Apenas habrían prestado atención a las figuras, ya sin cuernos y borrosas de siglos junto a los charcos de la lluvia, de no ser

porque un anciano que había cerca invitó a Ursúa a bajar del caballo y tocar a los toros. «En ti se siente el toro» le dijo, «debes cuidarte de sus rayos». Aunque no las entendió, nunca pudo olvidar esas palabras, y era tarde ya para él cuando, años después, ante su cuerpo ensangrentado y cruzado de hierros, volvió a mi mente aquel recuerdo suyo de unos toros inmóviles en un campo de España.

Cabalgando en busca de tierras que eran todavía imaginarias cruzaron en días ansiosos las vegas del Tajo, los montes de Toledo y los llanos pedregosos de Castilla, sobresaltados por hileras de molinos de aspas enormes; hicieron resonar cascós de hierro sobre las plazas contrahechas; y después de muchos días y de muchas posadas llegaron a la ciudad de tumultos que el muchacho no había visto jamás. Allí estaba Sevilla, por fin, la abigarrada capital del mundo, sus callejones entorpecidos por gentes de todas las razas, su comercio de lenguas confundidas, los miasmas asfixiantes de palacios y de antros, el blanco cegador de los muros detrás de un hormigueo de colores, cada balcón quemándose en el fuego falso de sus geranios, y muchachos que roban y mujeres que esperan y viejos en muletas con aros de oro en los lóbulos, y ante la catedral de cien agujas el penumbroso pasillo ascendente de la Giralda, por cuyas ventanas de fortaleza es posible ver ampliándose como en un sueño el horizonte de los mástiles.

No sé cuántos meses debió soportar a los mendigos embusteros de la Torre del Oro, que cambian palabras por monedas, y arrodillarse lleno de peticiones ante los retablos fantásticos de la catedral, que mezclan plata y caoba en sus enjambres de vértigo, y gozar de los patios ardientes aliviados por los azahares, y vigilar con esos ojos rapaces los muelles a donde se precipita el tesoro de ultramar y de donde zarpan con un sudor helado en la espalda los que no han sentido miedo jamás.

No me contó nunca cómo fue su viaje, aunque no lo imagino muy distinto de los míos: largos meses de encierro en una prisión ondulante, en un galeón solemne y fétido, oyendo las canciones bestiales de los marineros, sus oraciones a gritos cuando se desatan los temporales, viendo el vuelo milagroso de los peces y el fulgor sobrenatural que se apodera en la noche de las lanzas o de los calderos, oyendo el merodeo de las ratas y de

los marinos difuntos en las bodegas, y el crujido doloroso de las velas ansiosas de viento, cuando la noche sopla con fuegos fatuos sobre los viajeros desvelados y uno está solo con el mundo inmenso y con la polvareda misteriosa del cielo.

Sé que el galeón dejó a Ursúa y a sus hombres en Borinquen, y que el muchacho fue recibido cordialmente por su viejo pariente Díez de Aux. Pero la prestigiosa regencia que lo había embelesado en Arizcún en realidad no existía. El viejo regía, sí, hondas hileras de indios y negros encorvados bajo el implacable sol antillano, pero no era regente de la isla, y aunque se alegró de ver a su pariente, no parecía dispuesto a brindar hospitalidad a toda una tropa. A Ursúa lo seguía el bullicio de doce muchachos navarros que no querían separarse por ningún motivo y que tasaban como pan escaso sus ahorros familiares hasta que aparecieran las grandes riquezas, y el joven comprendió pronto que esta isla, ya conquistada y ya bien repartida, no sería la región del tesoro que todos soñaban. Alojó parte de sus hombres en la hacienda del viejo, a cambio de un trabajo extenuante y poco rentable, buscó para los otros hospedaje y oficio en el puerto, y recomendó su labor de bebedor de rumores y de comparador de versiones en las fondas del muelle.

Un andaluz que volvía con fiebres de Tierra Firme lo inició en un nuevo estilo de leyendas. Si en España todos los relatos situaban la riqueza en las islas, las islas señalaban siempre más lejos. Detrás de los mares había un país de sepulcros de oro; en el viento marino volaban con las gaviotas los rumores acerca de una ciudad dorada; un cuarto de siglo después, aún llenaban el aire fantásticas variantes de la hazaña de Cortés en Tenochtitlan, y había versiones encontradas sobre la caída de la ciudad de las momias en las cordilleras distantes. Pero una vez acomodado el viajero en las bancas del puerto los relatos se multiplicaban y eran como bandadas de pájaros de colores en las que uno no sabía a cuál mirar. Había una canoa con doscientos hombres cruzando con oro las aguas de un lago; había un avance de varones intrépidos preparados para todo menos para los cuchillos de hielo de la montaña; había mares de perlas, flechas con la muerte pintada de azul en la punta y peces carnívoros cuyo extraño nombre era tiburones, que a leguas de distancia descubrían el olor deleitable de los naufragios; había

bosques de árboles descomunales en los que siempre era de noche, hombres cubiertos de plumas que hablaban con los peces de los lagos y que se transformaban en tigres, y tiendas de indios llenas de pieles secas de indios vencidos; había raíces que enloquecían a los hombres, niños que pescaban con largas flechas en los raudales, ancianos capaces de cruzar a nado ríos turbulentos; había muchachas bellísimas que se alimentaban de piojos, bestias de largas lenguas a las que se adherían las hormigas, grasa de peces inteligentes que producía locura de amor, pájaros que hacían complicados nidos de arcilla, animales esféricos recubiertos de púas, ranas más venenosas que diez mil indios, serpientes en el fondo de los lagos que tenían alianzas con el trueno, y moscas que producían llagas incurables; había indias que eran mujeres en la noche y serpientes al amanecer, ríos de una sola orilla, pueblos que juraban ser hijos de las águilas y de los lagartos; había muchedumbres guerreras más silenciosas que la niebla, ciudades de mujeres valientes y desnudas que reducían a esclavitud a los enemigos, mujeres irresistibles que devoraban al macho durante la cópula, y legiones de cristianos avanzando con el credo en los labios entre aldeas de brujos y selvas mortales. Se veía en los puertos el fluir incesante de los aventureros, el desfile de las compañías nuevas hacia tierras desconocidas, porque el Imperio se ensanchaba de hora en hora y al parecer las riquezas brotaban como surtidores al paso de las expediciones.

El hacendado de barbas blancas y negros esclavos brindaba más seguridad que fortuna, un sosiego que Ursúa sólo precisaba en sus primeros días, para curarse del vaivén del mar desmesurado, para disipar los miedos de la travesía y el vértigo de abrumadoras distancias que lo separaban de su tierra de origen. Pero pronto el viento salado desdibujó los valles nativos, el cielo de astros nuevos señaló otros caminos, el horizonte marino frente a ellos se hizo más deseable que la infancia a su espalda. Y el hijo del barón de Oticorén y de la potestad de Soule saltó de nuevo a las cubiertas de los barcos seguido por sus fieles amigos, recomendó su viaje hacia el sur, en busca de las selvas de Tierra Firme, y recordando a sus amigos de Ávila y de Sevilla, su primer impulso fue buscar el Perú, donde vivían aún los destructores del imperio Inca, donde dioses depuestos embrujaban todavía

las montañas y no acababa de secarse la sangre sobre las piedras tatuadas de historias.

3.

Qué no daría yo por ver ese Perú al que llegó Ursúa

¡Qué no daría yo por ver ese Perú al que llegó Ursúa en 1543! De allí habíamos salido un par de años atrás, bajo el mando de Gonzalo Pizarro, dos centenares de españoles y miles de indios, entre el ladrido enloquecedor de los perros de presa, a buscar el país de la canela. Después de muchas aventuras y desventuras, también en el Perú habían quedado los huesos de mi padre bajo un metro de tierra, y bajo una leyenda en latín sobre la tosca cruz de madera, que le prometía a su alma un sitio entre los ángeles. Mi padre, el converso, fue parte del ejército que sometió a los incas y destruyó su reino. Pero no sólo él se había refugiado en la muerte.

Desde nuestra partida tantas cosas cambiaron que no parecían haber pasado dos años sino dos décadas. Cuando remontamos la cordillera hacia el norte guerreaban los buitres con los buitres: los viejos socios de la conquista, Pizarro el marqués y Diego de Almagro, se disputaban feroz el reino. Más tardó en acabar la guerra con los indios, ahora apaciguados ante el invasor, que en arreciar la guerra entre españoles. La sangre del Inca se vengaba haciendo reñir a sus verdugos. El tuerto Almagro subió al patíbulo por orden de Hernando Pizarro, y los amigos del hijo mestizo de Almagro fueron a dar muerte al marqués a las puertas de su palacio. De los desacuerdos habían pasado a los crímenes y de los crímenes pasarían a las deformes batallas.

Sólo hablando con Ursúa, años después, pude atar muchos cabos sueltos de aquellos tiempos. Los que fuimos a buscar la canela derivábamos

todavía por la selva cuando Vaca de Castro, el oidor, se enteró en Panamá del asesinato de Pizarro y se apresuró a viajar al Perú para asumir la gobernación. Muy pronto se enredó su camino, porque las naves, corriendo por el mar del sur, se extraviaron en una tormenta ante las costas de Buenaventura, y el barco en que viajaba se habría estrellado en la niebla contra los acantilados de no ser por la aparición misteriosa del gobernante del puerto, el hábil cosmógrafo Juan Ladrilleros, a quien extrañamente le gustaba navegar por la bahía cuando hacía mal tiempo. El barco inesperado guió al otro a través de los escollos, y Ladrillero se asombró al descubrir que estaba salvando al nuevo señor del Perú. Pero el oidor impaciente, varado en un puerto húmedo y solitario, y enfermo por el recuerdo del extravío en el mar, se empeñó en alcanzar por tierra la región de los incas: remontó con pocos soldados montañas lluviosas, atravesó farallones llenos de bestias, vadeó ríos de fango y lidió como pudo con el hambre y las plagas hasta llegar a las praderas inundadas de Cali, donde se enteró de que el mestizo Almagro se había proclamado gobernador del Perú.

Después de infinitos trabajos, Vaca de Castro llegó por fin a la Ciudad de los Reyes de Lima, y casi movía a lástima ver a aquel hombre consumido por viajes y desgracias tomando posesión del gran reino en nombre del emperador. Pero lo hizo: enfrentó a los asesinos de Pizarro y libró la batalla de Chupas, donde el joven Almagro perdió al final tropa y cabeza.

Todo aquello ocurrió mientras nosotros bajábamos por el río. Mientras Ursúa, de quince años, apenas salía de la crisálida en su casa de piedra de Arizcún. Quién nos hubiera dicho que todas las cosas terminan uniéndose tarde o temprano. Quién nos dirá en qué momento el verdugo y la víctima, desde regiones muy distantes, empiezan a moverse hacia el sitio prefijado donde tendrá lugar el encuentro. Por los mismos días en que Ursúa soñaba con salir de su casa en Navarra, y yo escapaba por milagro de un río imposible, ya en el Perú el oidor Vaca de Castro llevaba, en la batalla de Chupas, al infame Aguirre, un soldado tortuoso y maldiciente que sometía caballos en haciendas antes de entrar a la milicia real, y al que no supieron detener a tiempo ni las flechas de los indios, ni las espadas de los almagristas, ni los saltos de los potros salvajes.

Fue entonces cuando Gonzalo Pizarro, el capitán bestial en la pesadilla de mi juventud, salió de la selva donde lo abandonamos (ya tendré tiempo de explicar que no fue una traición, que aquello fue tan sólo un doloroso accidente), y se encontró con la noticia de que el reino de los incas, que sus hermanos habían conquistado, era ahora la tumba de Francisco Pizarro. Había perdido una fortuna en el viaje, había perdido a su poderoso hermano, y, como las desgracias nunca llegan solas, acercándose apenas a la ciudad, harapiento y enfermo, oyó decir que el emperador había designado un virrey para el Perú, y que ese virrey no era él.

Tal fue el mundo que encontraron Ursúa y sus amigos cuando llegaban buscando el reino de fábulas que les habían pintado en las islas. Gonzalo Pizarro alzado en rebelión, proclamándose heredero del reino; Blasco Núñez de Vela destituyendo al oidor Vaca de Castro sólo para hacer sentir la importancia de su nuevo cargo; los viejos socios que saquearon el país de Atahualpa entrando en las tabernas del infierno a pelear como perros el resto de la eternidad; los otros asesinos de Pizarro, como Francisco Núñez Pedrozo, huyendo en desbandada en busca de refugio; y el pasado misterioso envolviendo todavía las montañas con sus miles de rostros de niebla.

No había en las tierras del Inca promesas de reinos por descubrir ni de nuevos tesoros. La expedición de Gonzalo Pizarro en busca del país de la canela era una aventura fracasada, y nadie pensaba en asomarse de nuevo por aquellas selvas malsanas. En el ejército real el joven y alegre Ursúa alcanzó a cruzarse con el astuto y renqueante Lope de Aguirre, pero está claro que no presintió nada de su suerte. Ursúa lo olvidó, pero Aguirre nunca olvidaba un rostro, y años después debió sentir la extrañeza de que ese hombre mucho más joven que él, al que había conocido como un vagabundo, que se hacía notar más por sus manos finas que por sus rasgos de guerrero, se hubiera convertido en un gran capitán de conquista.

Crecía en la atmósfera la indignación de los encomenderos ante la terquedad del virrey, que hizo entrar en vigencia las Nuevas Leyes, prohibiendo la esclavitud y el trabajo excesivo para los indios, y reglamentando con severidad la creación de encomiendas. Pero Gonzalo Pizarro estaba más indignado: si a los otros les quitaban sus propiedades, a

él le estaban quitando su reino. Y si la Corona tenía otros proyectos con el país que a él le pertenecía por herencia, una idea más ambiciosa empezaba a abrirse paso en su mente, algo que a nadie se le había ocurrido antes y menos a hombres crecidos con los cerdos en los corrales de una aldea: forjar una corona con el oro de las Indias y ponerla sobre sus propias sienes.

Ursúa no pudo advertir todo lo que germinaba en el reino: las primeras semanas en un mundo tan distinto apenas permiten percibir las variaciones del clima, la diferencia de los árboles, los cambios de la alimentación. Ya no había a voluntad estofado de oveja ni quesos de hierbas, el vino al que acababa de aficionarse escaseó desde entonces, y los veteranos hablaban de una dieta mortal con plantas lánguidas y con la insípida carne azul de unos pájaros desconocidos en las travesías de la cordillera.

Vio la vida de los incas vencidos, el equilibrio gracioso de las llamas en los altos pasos de la sierra, la altivez de los encomenderos, las ciudades de piedras monumentales encajadas como mecanismos de precisión; oyó la alegre tristeza de las flautas del Inca y vio rostros hermosos de mujeres indias que tiempo después recordaría. Para los nativos, muchos de los cuales vestían impecablemente de luto, lo que había sido el reino de sus padres era ahora la tumba de sus dioses vencidos, y alguno le dijo que ya no había sol en el cielo, que el sol se había retirado a la oscuridad y al silencio.

Pensaba que iba a cambiar de lugar en el mundo, pero había cambiado de mundo. El suelo se hizo otro suelo y el viento se hizo otro viento, cambiaron de gritos los pájaros en las ramas y cambiaron de forma los seres presentidos en la tiniebla; el aire entre los cuerpos se llenó de palabras incomprendibles, la carne se mostraba a la vez más impudica y más inocente, y la mente se fue llenando de recuerdos desconocidos y de túneles caprichosos. Porque para el viajero sosegado lo que quedó a lo lejos se vuelve más grande y más bello, pero al que viaja entre marejadas y peligros los tigres del camino no le dejan espacio para las dulzuras perdidas.

Le hervía la sangre por guerrear y llegó a una región donde se preparaban grandes combates, pero aquéllas no eran guerras contra los indios, en busca de los tesoros ocultos de la montaña, sino enfrentamientos entre los propios españoles, y él había venido a buscar otra cosa. Para combatir con hombres blancos habría podido quedarse en su tierra, donde

por esos días el emperador llevaba sin tregua sus tropas a repintar con sangre y ceniza las fronteras. Ursúa buscaba adversarios distintos, guerras asombrosas, y todavía me revuelve las entrañas pensar que las armas que lo mataron no fueron flechas con veneno de hierba en la punta, ni lanzas con embrujas y cascabeles, sino aceros templados en Toledo y en Ávila. En los umbrales de su aventura no presentía que unos años después sería juzgado bajo el rigor de las Nuevas Leyes por sus cruidades con los indios, ni que sería su propio tío materno, tan devoto de leyes y de reyes, quien lo iba a empujar a esas campañas de exterminio que aquí se llaman siempre de pacificación.

Intentó en vano sacar provecho de su amistad con los jóvenes asistentes del virrey, soñando con algún cargo en la corte virreinal. Pero Núñez de Vela no le mostró su rostro jamás, porque estaba dedicado a porfiar con gentes indóciles: las Nuevas Leyes aumentaban cada día la ira de los encomenderos; el tiempo se le iba en hablar a oídos sordos y en tratar de hacerse visible ante ojos y voluntades empeñados en ignorarlo. Por el solo gusto de contrariar a la Corona, los conquistadores ahora esclavizaban a los indios con más furia y gastaban cuerpos humanos en los socavones como quien gasta cañas en los molinos.

La carta del emperador que Ursúa llevaba resultó menos extraordinaria de lo previsto, pues otros recién llegados exhibieron folios con los mismos lacres heráldicos, y Ursúa comprendió que su propia situación iba a empeorar con los días. Sus amigos navarros empezaban a sentirse nerviosos en una atmósfera de guerreros exaltados y tensos: les estaba llegando la hora de alinearse en uno de los bandos.

Venía la guerra y los días se ensombrecían; pero cuando todo se había vuelto oscuro y ya no quedaba a qué recurrir, la estrella de Ursúa se encendió de repente, porque una carta enviada por su madre desde el solar de Navarra, una de las poquísimas cartas de su tierra que habría de recibir en las Indias, le trajo la noticia de que otro varón de su sangre acababa de obtener nombramiento, y no en las islas sino en Tierra Firme, y en realidad no muy lejos de allí.

El título del viejo Díez de Aux había resultado ser una fábula. Pero Ursúa leyó con alivio que, esta vez sin duda alguna, el hermano de su

madre, Miguel Díaz de Armendáriz, un jurista brillante, aunque nada ejercitado en los rigores de la guerra, había sido asignado por sorpresa a uno de los cargos más exigentes de aquel tiempo: juez de residencia encargado de cuatro territorios distintos. En su carta Leonor Díaz no le hablaba sólo de riñas familiares y del vacío de su ausencia, abundando en noticias del valle de Baztán, la sordera de la tía Rebeca, el parto accidentado de una prima en Tudela, las inundaciones del Ebro, sino que le aconsejaba un inaplicable régimen de nutrición y de prudencia, antes de pasar a transcribirle cosas que ella misma no entendía: que su hermano el juez iba a aplicar la ley del Imperio en cuatro gobernaciones nuevas, por el mar del norte y por el mar del sur, «en esos mismos países salvajes donde ahora te encuentras».

Díaz de Armendáriz acababa de recibir el nombramiento. Debía juzgar a Pedro de Heredia, fundador de Cartagena y conquistador del país de los zenúes; a Alonso Luis de Lugo, gobernador del Nuevo Reino de Granada; a Sebastián de Belalcázar, que fundó a Quito en el norte del reino de los incas, después a Cali en las llanuras que orillan el río Cauca, y finalmente a Popayán, a la sombra de un volcán humeante; y a Pascual de Andagoya, explorador de las costas del mar del sur y gobernador de San Juan. Eran territorios contiguos pero de límites difusos, y de ellos Ursúa sólo había visto los lluviosos confines de la selva donde Balboa perdió la cabeza, donde Almagro perdió el ojo derecho y donde Pizarro casi perdió la esperanza.

Lo que ambos ignoraban es que Armendáriz no recibiría un reino sino una maraña de gobernaciones donde la imprecisión de las fronteras cobra diarios tributos de sangre, y donde la tierra indomable, con sus riquezas y sus indios, se vuelve objeto de enemistad aun entre hermanos.

Ursúa se apresuró a averiguar en qué consistían los juicios de residencia, para formarse una idea del papel que podría cumplir en las tierras encargadas a su tío. Buscó para ello a Lorenzo de Cepeda y Ahumada, el muchacho con el que había viajado por España, y que estaba cerca del virrey por una razón ajena a las intrigas políticas: su familia vivía frente a la casa de los Núñez de Vela, en Ávila. Le parecía una promesa para su propio futuro el ejemplo de esos hermanos que conocían al virrey

desde niños, y habían venido con él a la aventura. Antonio, el mayor, estaba al lado de Núñez de Vela desde cuando era corregidor en su ciudad natal; Teresa, la segunda, habría terminado siendo la esposa del virrey si no fuera porque, apasionada por las novelas de caballería, huyó muy joven con otro hermano en busca de aventuras, y fue recluida en el convento de Santa María de Gracia. Todos los varones de la familia terminaron viviendo en las Indias.

Lorenzo le informó a Ursúa que los jueces debían examinar con detalle la actuación de capitanes y funcionarios. «Deben seguir el rastro de sus travesías, calificar sus acciones sobre los pueblos indios, inspeccionar los libros de la tierra y del oro, comparar los tributos declarados con los metales y las piedras que encuentran asentados en las cajas del rey». Ursúa lo escuchaba con atención, y al mismo tiempo imaginaba a su tío inspeccionando grandes libros y contando diamantes en cofres de metal. «Un juez», siguió Lorenzo, «es revisor de sangres y de predios, calibrador de minas, guardián de los quintos reales, repartidor de encomiendas, y ahora sin remedio protector de los indios de acuerdo con la manda de las Nuevas Leyes». Y siguió enumerando los menudos asuntos que competen a un juez: desde dirimir querellas entre conquistadores, definir lindes, aprobar con autoridad notarial los traspasos de haciendas y siervos, y validar las firmas de los señores, hasta aprobar las marcas que fijan al rojo vivo la propiedad sobre reses y esclavos. A Ursúa le pareció que, si todo eso fuera cierto, no se necesitaría ningún otro funcionario, pero lo que más lo animó fue la noticia de que, en caso de descubrir anomalías o actos contra la ley, un juez podía asumir provisionalmente las gobernaciones. Sonrió satisfecho, ensanchando las fosas de su nariz como cuando el sabueso ventea la presa: era evidente que las Indias le tenían reservado un gran destino.

Cuando el Perú había apagado sus promesas, cuando ya nada en aquel reino era tentador a sus ojos y todo parecía haber quedado inmóvil, allí estaba otra vez la señal de la sangre poniendo todo en movimiento: una carta del juez Miguel Díaz de Armendáriz lo incorporaba a sus tropas en Cartagena de Indias. Lo emocionó el llamado: enteró a sus amigos, siempre listos a seguirlo; se embarcó con siete de ellos, prometiendo esperar al resto

en Panamá, y el Perú desapareció de su alma sin dejar otra huella que la certeza de que allí germinaba una guerra entre españoles.

Volvió sobre las olas del mar del sur. Si una polvareda le anunció su destino y un anciano visitante prefiguró su rumbo, fue el nombramiento de su tío, el juez, lo que marcó el verdadero comienzo de su vida en las Indias. Mientras creía correr al ritmo de su antojo sobre llanos salados y plazas empedradas, los hilos que gobernaban su destino se movieron de prisa. Ursúa tenía cierta razón en fantasear que manos poderosas firmaban decretos definitivos en su beneficio, que manos recias gobernaban para él los grandes timones salpicados de espuma, y que al amparo de las atribuciones de su tío un mundo de conquistas y fundaciones se abría para él en las tierras salvajes. En ese momento de euforia juvenil no le importó que la Corona estuviera confiando con celo especial la nueva legislación en las manos de Armendáriz, para que sujetara a sus letras de hierro a los conquistadores de aquellos países desconocidos.

También para Armendáriz fue grata la noticia de que uno de sus sobrinos andaba probando la suerte en el Perú. El robusto y lujoso juez de residencia no podía saber a qué clase de reino lo enviaban cuando recibió los sellos y los lacres, las armas y los símbolos de su dignidad, con instrucciones minuciosas, complicadas como la firma de un canciller, para las muchas tareas que debía cumplir en el otro hemisferio. Oía hablar por primera vez del reino de ceibales del Sinú, de la costa de perlas de Manaure, de la sabana de maizales de los muiscas, de las llanuras anegadas del Cauca y de las costas que azota el mar del sur, donde alfareros minuciosos modelaron en barro todas las circunstancias de la vida, pero la verdad es que nunca entendió los reinos que estuvieron bajo su mando; ni siquiera años después de haber gobernado los altiplanos fríos y el abismo con nubes, el desierto de polvo y la borrasca, cuando ya era un clérigo anciano, lleno de recuerdos y de remordimientos, en un sombrío monasterio de España. Las tierras aturden a los hombres con la ilusión de ser sus dueños, y a veces les conceden el duro don de verse despojados, para que la extrañeza del mundo se haga más completa con su pérdida. Pero al comienzo el juez tampoco presintió cuán importante iba a ser para él ese sobrino casi desconocido, el hijo de Tristán y Leonor, el cachorro travieso

que al otro lado del mar ya olisqueaba en el viento el olor inseparable de la carroña y del oro.

Puedo decir que la mitad de la sangre que salta por mis venas, y acaso un poco más, es sangre de indios. Y es tal vez esa sangre oculta la que me reprocha haber querido a Ursúa. Más que haberlo querido: haber sido su aliado fiel y casi su sombra hasta la muerte, a pesar de saber que era cruel en la guerra y brutal como pocos. Pero sólo Pedro de Ursúa, enloquecido y violento en sus sueños de riqueza, en su delirio de ciudades doradas y de minas en llamas, me hizo sentir acompañado en un tiempo salvaje y en una campaña brutal, y su muerte me dejó tan vacío y saqueado como si no me hubieran matado a mi amigo sino a mi alma. Tal vez llegue la hora de saber lo que quiere mi corazón con este relato, si es la vida insaciable de Pedro de Ursúa lo que teje, o si es apenas el consuelo de un hombre perdido que nunca entendió su destino, la enredada madeja de azares que me hizo descender dos veces por un río embrujado.

4.

Miguel Díaz de Armendáriz había visto la luz en Pamplona

Miguel Díaz de Armendáriz había visto la luz en Pamplona en 1507. Pertenecía a la rama erudita y sedentaria de una familia que adoctrinó a los nobles de Navarra desde tiempos antiguos. Si el linaje del padre de Ursúa era de insolentes guerreros y de mercaderes codiciosos, el de la madre era de reposados propietarios que tenían molinos a la orilla del Ebro desde el siglo anterior, y que le habían dado a Tudela sus obispos y sus escribanos. Hasta dos santos dudosos había en la memoria de la familia, Dominic de Veráiz, un predicador en harapos que hacía milagros en las aldeas pirenaicas, y el príncipe generoso León de Agramonte, que repartió su fortuna entre los pobres antes de partir hacia Tierra Santa con una corona de espinas sobre su frente, en tiempos de la última cruzada, y que al volver se recluyó en el monasterio de Almanz, que yergue sus agujas góticas entre los pinos de la cordillera.

Desde joven Miguel era estudioso y lascivo, dedicaba la mitad del tiempo al placer y la otra mitad al arrepentimiento, y se habría vuelto clérigo de no haber sido porque después de la adolescencia nunca se acostumbró a dormir solo, pero lo acobardaba la idea del matrimonio. Tal vez atormentado por sus propias inclinaciones se había dedicado al estudio de las leyes: quería comprender el alma humana. Le gustaba juzgarse a sí mismo, aunque por lo general se absolvía, gracias a la prolijidad y sutileza de sus razones, pero a partir de cierto momento ya se sintió capaz de juzgar a los otros. Mientras entraba en carnes, fue haciendo carrera en un medio

donde era importante tener argumentos eficaces para defender las políticas del Estado y para hacer tropezar a los adversarios.

Era sin duda el varón más elocuente en una familia de labios de oro, y los nexos de los Veráiz y de los Armendáriz con la corte lo llevaron a atender importantes procesos en los estrados de Pamplona y Valladolid. De algo había valido que sus mayores dieran su sangre por la corona de Aragón, y que dos años antes Carlos V se hubiera hospedado en uno de los castillos de la familia, cuando vino a Navarra a presentar a su heredero Felipe, que acababa de dejar al fin el luto por la emperatriz. El juez Armendáriz recordaba la selva de lanzas de la guardia imperial a las puertas del castillo, y los banquetes malogrados —las jugosas chuletas de cordero, los cuartos de jabalí casi azules, los faisanes con corazón de *foie gras*, los toneles de vino del Duero— porque el emperador no podía probar un bocado. Hubo un ir y venir de médicos angustiados, y al propio juez le correspondió la fortuna de conseguir para Carlos las medicinas que lo aliviaron del ataque de gota que encadenaba su pie, su costado, su cuello y su mano derecha, y que lo había hecho recibir encogido los honores de Aragón, Cataluña y Valencia antes de ir a Pamplona a preparar la defensa contra los vecinos franceses.

Yo digo que Díaz de Armendáriz tenía que haber ganado mucho prestigio cuando lo escogieron como juez de residencia en las Indias, porque fue el primer encargado de justicia al que le asignaron cuatro gobernaciones distintas, y en una región donde se precisaba firmeza y claridad. Mucho sabía ya la Corona acerca de los mundos de aztecas y de incas, algo de la región de Castilla de Oro y de los establecimientos urbanos y comerciales en islas del Caribe, pero de estas regiones de Tierra Firme cada informe contrariaba al anterior, y los chambelanes y el Consejo de Indias jamás estaban seguros a la hora de tomar decisiones.

Cuando se pensaba que el generoso Bastidas había hecho labor perdurable de pacificación y conquista, clérigos alarmados traían el informe de que sus propios hombres lo habían apuñalado y las costas de Santa Marta estaban siendo arrasadas por los conquistadores. Cuando se le reconocían a Jiménez de Quesada sus derechos como fundador de Santafé y se esperaba que sometiera legalmente a los nativos del altiplano, llegaban rumores de

las ferocidades de su hermano Hernán Pérez de Quesada, que daba tormento a los reyes indios y destruía provincias enteras buscando tesoros. Cuando se pensaba que don Pedro Fernández de Lugo, gobernador del Nuevo Reino de Granada, había establecido un bastión firme para la Corona desde la costa de las perlas hasta el reino de los muiscas, llegaban las cartas de Gonzalo Suárez de Rendón, un veterano de las guerras de Italia, acusando a Alonso Luis de Lugo, el heredero del gobernador, del robo de perlas y caballos, ejecuciones y encarcelamientos injustos. No acababa de llegar la noticia de que Pedro de Heredia había fundado el puerto de Cartagena en una región propicia para la navegación y el comercio, cuando llegaban los rumores de que sus esbirros habían desenterrado las tumbas de los nativos sin declarar el oro a la Corona. Entonces se pensó que era el momento de dejar a un lado a los guerreros y enviar a un jurista de lengua inspirada que pusiera orden entre los conquistadores y uniera las provincias discordes.

El viejo secretario Juan Sámano, un hombre de rostro de piedra y de barbas de niebla, le contó a Díaz de Armendáriz con más palabras que rigor la historia de las cuatro gobernaciones, pero parecía más empeñado en hablar de los límites de su judicatura y de las tierras que la rodeaban. Sus precisiones, vistas bien, eran vaguedades inútiles. ¿Qué puede saber del mundo desconocido un funcionario encerrado en las ceremonias de una corte distante? Cada gobernación parecía limitar con ciénagas y con neblinas, estaba a medias habitada por caníbales y a medias por fantasmas, porque es imposible imaginar estos rumbos antes de haber estado en ellos. El hombre que recorre una provincia no concibe las otras por cercanas que estén, en un mundo que se diría tan cambiante como las nubes, donde las aldeas vacilan bajo el peso de las avalanchas, donde los montes olvidan los caminos, donde los fuertes ceden a la presión de ejércitos de indios y las ciudades se arrodillan al paso de los huracanes. He visto de un año a otro cómo se alteran las tierras, cómo cambian los ríos de curso, cómo las costas modifican su trazo. Las instrucciones de los peritos de la corte están siempre sujetas a la experiencia de los viajeros, y apenas imagino a Díaz de Armendáriz procurando memorizar, sobre mapas balbucientes, los inasibles

límites del reino, la mayor parte de los cuales ni siquiera vería durante su mandato.

Todo en el nuevo mundo pertenece a los reyes, pero sus súbditos se lo disputan con tal ferocidad que siempre importa más, y es más seguro, saber qué territorios obedecen a otros conquistadores, a casas comerciales distintas. Es por eso que la fresca mañana de primavera en que se reunió el Consejo en el palacio de Valladolid para presentar a Armendáriz la lista de sus funciones y el informe detallado del mundo al que se dirigía, el secretario Sámano, sentencioso y locuaz a la vez, se detuvo más en las tierras ajenas y vedadas que en la difusa tierra prometida: el juez debía tener claros los límites de su territorio.

Ante una ventana blanca que mira a los viñedos verdes del Duero oyó hablar de las planicies calurosas que bordean el Orinoco, entregadas a los banqueros Welser de Augsburgo, que prestaron, con los Fugger, el millón de florines con que el niño Carlos V compró la corona del Imperio. Aquellas tierras estaban en poder de los guerreros de Alemania, y para la corte eran el cerco de alabardas de Ambrosio Alfínger, unos trazos con letras e iglesias y el dibujo de un río. Para nosotros fueron llanos enrojecidos de chigüiros, canoas zozobrando en remolinos, amaneceres exaltados como delirios, serpientes cuya testa triangular era tan grande como la cabeza de un potro.

Después le hablaron del brazo de selvas húmedas del oeste, en Castilla de Oro y Panamá, del que Armendáriz ya tenía noticia por las crónicas de los viajeros, tierras donde Pedrarias Dávila destruyó por envidia las conquistas del laborioso Balboa, y donde una partida de hombres cansados y un perro que tenía un collar de oro vieron nacer en sus pupilas el abismo infinito del mar del sur.

Al norte estaba el agua luminosa de las Antillas, surcada por macizos galeones de España y que empezaba a cruzar de tiempo en tiempo en todas direcciones cosas que no se habían visto nunca: navíos oficiales y clandestinos, barcos mercantes como palacios dorados, galeazas ostentando sus gallardetes, carabelas, carracas portuguesas con sus velas infladas como nubes, bergantines, piraguas de dos cascos, remeros de contrabandistas, fragatas artilladas de aventureros y hasta veleros solemnes hechos más para

la ostentación que para las olas. Era la región más conocida, el mundo de Colón y de Ojeda, donde brotaban perlas como arena y donde amenazaban sin tregua y sin entrañas los piratas franceses.

Sámano habló finalmente de las regiones del sur donde todo era más seco y más claro, las tierras que fueron de los reyes incas, con su honda cordillera de ciudades de piedra y tumbas rectangulares, las confusas serranías antes sujetas a la férula de Francisco Pizarro, donde ahora se alzaba la rebelión de los encomenderos. De allí llegaban rumores de guerra entre los hombres del emperador, y Armendáriz debió recordar que ése era el peligroso país que estaban viendo en aquel instante los ojos de halcón joven de Pedro de Ursúa.

«Más allá», indicó finalmente el secretario, mirando en una dirección y señalando en otra, «sólo están las selvas escondidas donde Orellana vio a las amazonas».

Si yo hubiera estado presente, habría descrito mejor esos confines que escapaban al mando de Miguel Díaz y que después se apoderaron de los sueños de Ursúa. Allá se había quedado mi juventud, en un infierno rojo y en un río imposible.

«Monseñor», dijo el juez con nerviosa cortesía, «veo con claridad los reinos que no estarán bajo mi jurisdicción, pero aún no sé nada de las tierras donde debo aplicar la ley del Imperio». «Me gusta que lo entienda así», respondió el secretario, «porque hasta ahora ha sido más fácil saber lo que hay alrededor que conocer y unificar esas regiones bajo una sola ley. Ojalá fuera un país como el de los aztecas o el de los incas, unido por una corona de plumas o siquiera por una lengua bárbara, pero el poder de los cuatro gobernadores no ha desarmado todavía a las muchas naciones indias, y al parecer la tierra misma es más rebelde que los nativos que la pueblan. Prefiero decirle qué regiones lo rodean y que usted nos revele finalmente qué reino es aquél».

Armendáriz, tan diestro en cuestiones legales como aprendiz en asuntos de la corte, sintió que recibía más un enigma que un territorio y tuvo que confiar en que el examen de las campañas y el juicio de los capitanes le darían una noción más precisa del país que se le encomendaba. Ese mismo día, con el listado dispendioso de sus tareas, recibió documentos sobre cada

una de las cuatro gobernaciones: informes, cartas, testimonios, crónicas y rumores, largas evaluaciones del Consejo de Indias, y memoriales y procesos en marcha copiados por pacientes calígrafos para que cada original pudiera quedar en los archivos de la Corona. Allí encontraría buena parte de la información que necesitaba, y el resto sólo se lo darían los meses y los mares.

Más útil que los informes del secretario Sámano, que los copiosos archivos y que los mapas conjeturales del Imperio, fue para el juez conocer en el palacio real a un capitán noble y apuesto, de bigotes floridos y barba ondulante y aguda, que se movía con pasos inseguros por los salones de la corte y a quien los funcionarios atendían con solicitud. «¿Ha visto con quién anda tan complacida la corte?», le dijo una tarde el asistente del gran tesorero Los Cobos. «Le voy a presentar a alguien cuya suerte depende de los gobernadores que usted juzgará: el mariscal Jorge Robledo. Hace cinco años lo envió Belalcázar al norte del país de los incas, y fueron tan notables sus conquistas que hoy dos gobernadores se disputan las tierras donde fundó ciudades. Estuvo a puertas de morir cerca de la nueva Cartagena hace unos meses, porque Pedro de Heredia lo acusó de invadir sus dominios, pero el Consejo y el príncipe acabaron de rehabilitarlo, y le reconocieron sus méritos por medio de un título resonante». Y el secretario del gran Secretario del Tesoro imperial añadió, casi susurrando en los oídos del juez: «Creo que este hombre muy pronto va a poner en manos de la Corona la mayor reserva de oro que guardan las Indias. Tiene usted suerte, excelencia, de ser quien ponga en claro los asuntos de su gobernación».

Armendáriz se sobresaltó: no le parecía adecuado conocer de antemano a un hombre que iba a estar sujeto a sus investigaciones y sus providencias, pero el funcionario no vio problema en ello. «Mi señor de Armendáriz», le dijo, «su labor no será poner reos en el cepo, sino más bien evaluar el trabajo inimaginable de unos abanderados a los que el emperador considera grandes benefactores de la Corona. Un juicio de residencia es la ocasión de rehabilitar a unos hombres sujetos al odio de nuestros enemigos y a la murmuración de sus propios soldados. Robledo aspira a gobernar un quinto territorio, en la frontera imprecisa de las tierras de Belalcázar y de Heredia,

y es de esperar que sea la ley y no la espada lo que decida finalmente su suerte».

Añadió que, más que una justicia demasiado punitillosa, la Corona prefería el reconocimiento de quienes enriquecen al Imperio y ensanchan sus dominios. Y Armendáriz fingió no darse cuenta de que para esos cortesanos su tarea como juez era algo más que una cuestión de leyes y códigos. El discurso del hombre, que no afirmaba nada pero insinuaba mucho, era el gorjeo de un asistente de finanzas de la casa real, cuyas prioridades sólo pueden formularse en ducados y maravedíes. Pero aunque a la Corona le importaran mucho las rentas, el juez se dijo que los enviados del Imperio tendrían que atender también a criterios políticos y morales, y buena prueba eran las Nuevas Leyes, pregonadas como un libro de hierro para los capitanes de Indias.

«Permitir que gobierne los reinos el que los ha fundado», continuó el funcionario, «es cuestión de justicia. Y aquí está nítido el tema del que hablábamos: los celos extremos con que los gobernadores manejan allá sus territorios, sus rapiñas frecuentes por la tierra y por el reparto de indios. Robledo es un varón valiente y recto, que tiene problemas de jurisdicción con otros capitanes más ambiciosos».

Armendáriz esperó cortésmente al secretario, que con ceremonias y gestos excesivos había ido a traer a Robledo. Era una fortuna hallar un informante de primera mano, con experiencia no sólo en las Indias sino precisamente en los territorios a los que ahora se dirigía.

Había algo extraño en la mirada de Robledo: sus ojos grandes eran pensativos y ausentes, pero a Armendáriz le bastó oír su voz para entender que aquel hombre no sería su enemigo, y conversar con él fue su mejor adiestramiento como juez de Tierra Firme. Ursúa me habló siempre del mariscal como si lo hubiera conocido, pero estoy seguro de que no se vieron jamás. Se formó una idea de la manera de ser de aquel hombre a partir de las cosas que le ocurrieron. Me dijo que los gestos de Robledo no coincidían con sus palabras; que era prudente en el trato, pero efusivo de repente, y que cuando no decía lo que pensaba, lo traicionaba un movimiento, pero yo sé que estaba tratando de deducir el rostro del hombre

por la historia de sus conquistas, que imaginaba sus gestos a partir de sus desgracias.

A Ursúa a veces le ocurrían esas cosas: cuando había pensado mucho en algo, creía haberlo vivido. Quién sabe cuántas cosas de las que me contó, y que yo he repetido en estas páginas, fueron imaginadas o alteradas por él. Un día me dijo, al paso, que a veces tenía sueños tan vívidos, que al despertar le costaba apartarse del mundo que había soñado. Y pensó tanto en Robledo en sus años de Santafé, tal vez lamentando no haberlo auxiliado en la hora de su perdición, que convirtió en recuerdos propios los recuerdos minuciosos de su tío Armendáriz.

Cuando estaba inspirado, Ursúa echaba mano de lo que fuera para darles aire de verdad a sus palabras. Según él, Robledo nombraba con cautela a sus adversarios, pero en las grandes brazadas, en el gesto de la boca y en el arquear nervioso de las cejas largas y negras, se traslucía la exasperación. De todos los hombres que Ursúa me nombró, Robledo era el más misterioso. Nada de lo que conquistaba llegaba a ser suyo, nadie le atribuía los crímenes de sus soldados, nadie le reprochaba sus propios crímenes, era como un fantasma cortés a cuyo alrededor se mezclaban los reinos, se rendían los caciques, se enrojecían las espadas. Y era también un mapa de las provincias la descripción que hacia Robledo del carácter de los capitanes: el egoísmo de Heredia, la codicia de Lugo, la reciedumbre inflexible de Belalcázar. Pedro de Ursúa, que sometió con desprecio y sin escrúpulos muchas naciones, sentía admiración por las campañas de Robledo, mucho más sobrias y eficaces, como admira un dibujante torpe a alguien que pinta paisajes y batallas con gracia y casi sin esfuerzo, hasta el extremo de recordar la lista de las naciones indias que Robledo encontró en su camino.

El mariscal era un hábil narrador de las propias hazañas, empezando por sus acciones en la guerra contra los franceses. Había sido testigo del momento en que el rey Francisco I se vio de pronto solo y a merced de los soldados de Carlos V en la batalla de Pavía, y hablaba de esas cosas con lenguaje elocuente, no con las frases toscas que acostumbran aquí los capitanes. Armendáriz siempre volvía a decir que, para apreciar las maneras de Robledo, bastaban las palabras que cierto día pronunció declarando su

lealtad hacia el emperador: «Aunque no fuera mi rey», dijo, «no podría dejar de respetar a un hombre que se deleita con la música de Giorgione, que tiene a Tiziano Vecellio como su pintor de cabecera, y a quien Ariosto le dedicó en Ferrara el Orlando Furioso».

Me commueve pensar que aquel hombre había conocido a mi padre, porque estuvo con Pizarro en Cajamarca en la emboscada a Atahualpa diez años atrás, antes de seguir al norte, con Belalcázar, hasta el confín del reino de los incas. Fundada Popayán junto a las colinas y Cali al pie de las duras montañas y ante un gran valle anegado, Robledo recibió el encargo de explorar las orillas del río Cauca, que huye hacia el norte entre una cordillera de volcanes nevados y otra de peñascos altísimos paralelos al mar de Balboa. Así, de ser un modesto capitán mandado por Aldana, que venía mandado por Belalcázar, que venía mandado por Pizarro, siguió sus propias exploraciones y se alzó a fundador de ciudades, empezando por Santa Ana de los Caballeros y por San Jorge de Cartago, la ciudad alta sobre el río en el reino quimbaya.

El juez le inspiraba confianza, y Robledo no tardó en contarle que su orgullo había sido utilizar más la inteligencia que las tres armas mortales de los conquistadores: los caballos, los perros y la pólvora; porque si los caballos paralizan de terror, los perros devoran sin misericordia y los truenos aniquilan la voluntad, el buen trato es el que menos enemigos deja a su paso.

Así se aproximaron en la corte, sintiendo que más que su tierra de origen los unía la tierra a la que estaban destinados, y a la que Armendáriz iba conociendo en el diálogo más intensamente que en mapa alguno. Lo dejaba perplejo la cantidad de naciones nativas entre las que Robledo se había abierto camino, más con gestos de paz que con filos de espada, aunque también sus tropas tuvieron encuentros salvajes, y aunque una vez ordenó cortar las manos a muchos hombres; y le costaba creer que ese guerrero fuera reconocido sin lucha por millares de indios, al paso que fundaba ciudades y recogía tesoros.

Según el mariscal, la mayor parte de los pueblos nativos eran confiados como niños y espontáneamente dadivosos, aunque sabían responder al maltrato con una horrible ferocidad. Parecía conocerlos bien y prodigaba

sus nombres que a otros españoles les parecen impronunciables, de modo que Armendáriz comprendió que en adelante ya no hablaría de navarros y castellanos, de franceses, bretones y normandos, de alanos y godos y aquitanos, y ni siquiera de moros y judíos, sino de pirzas, sopías y carrapas, de picaras y pozos, de quimbayas y tolimas y panches de pechos dorados y labios sangrientos.

En pocas leguas se sucedían pueblos que no estaban unidos ni subordinados. Qué difícil sería para los capitanes de conquista unir esos reinos bajo una sola corona y bajo un solo Dios. También sonaba incomprensible oír hablar de tropas españolas que morían de hambre en medio de una fauna riquísima, y lo admiró la cautela de las bestias, el rumor infinito de los pájaros, la reverberación de los aires agobiados de insectos. Robledo sabía trasladarlo a uno con sus relatos, y era tan observador que tal vez no sería demasiado bueno para la acción. Armendáriz necesitaba tanto entender el mundo al que se dirigía, que fue estrechando con el mariscal, primero en los laberintos de la corte, y más tarde en la confusión de todas las lenguas del Imperio por los embarcaderos de Sevilla, una amistad solidaria y agradecida que años más tarde terminó convertida en tragedia.

Se encariñó tanto que habría querido viajar con Robledo, seguir dialogando con él por ese mar florido de tritones y de serpientes. Pero al mariscal lo retenían a la vez el corazón y la cabeza: iba a casarse con una dama de gran linaje, doña María de Carvajal, y ese matrimonio le aseguraba las mejores relaciones en la corte, amistades que favorecerían la solución de sus litigios de ultramar. Prometió en cambio que después de conciliar el amor con los negocios viajaría a Cartagena, a sujetar sus actos a las recomendaciones del juez.

Recibido el mandato, Armendáriz cabalgó, respetable y solemne, hacia los olivares retorcidos del sur, resuelto a encarnar la voluntad imperial y a sostenerla con la vida si fuera necesario. Así, mientras su sobrino Ursúa volvía del Perú a Panamá, mirando con recelo las costas de selvas lluviosas del Chocó, el juez de residencia cruzó con su cortejo las rutas empobrecidas de España, atravesó las leguas muertas que rodean los callejones blancos de Córdoba, y se embarcó con soldados y mujeres y clérigos sobre el agua roja

sangre de un amanecer de Cádiz, hacia el abismo del Caribe y al encuentro de las tierras desconocidas.

Lo primero que nos enseñan estos mares nuevos es que todo lo que ocurre tiene que ver con nosotros. Nadie puede estar seguro de que sus asuntos se limiten a Borinque o a Castilla de Oro, nadie puede decir que sólo le importan los montes de plata del Perú o la pasmosa fuente de la juventud de la isla Florida, porque el destino lleva y trae aventureros al ritmo de mandatos más poderosos que la voluntad.

Esto lo digo yo, que juré muchas veces no volver nunca al río que atormentó mi adolescencia, yo, que creí encontrar en Italia o en Flandes, lejos de estas maniguas, mi destino final de letrado y de consejero. Nadie sabe si la próxima puerta que se abrirá ante sus ojos lleva a un castillo acogedor o a una selva sin nombre, si le ofrecerá un refugio con una dama de ojos hechiceros o un barco que navega al infierno.

5.

Hablé tanto de aquellos viajes con Ursúa

Hablé tanto de aquellos viajes con Ursúa, que casi puedo ver al juez Armendáriz en el barco que lo traía a las Indias, viendo asomar la Cruz del Sur detrás del horizonte que asciende y desciende, viendo los días repetidos y siniestros del mar, padeciendo a pesar de su rango las mortificaciones del viaje, entre un olor a caballos y a fermentos, una rutina de gritos y oraciones, y un montón de comerciantes, de burócratas y de bandidos hermanados fugazmente por la soledad y por el peligro. Lo imagino sufriendo el prolongado mareo de aquel mar mitológico, ya sin el miedo extremo de los marinos que medio siglo atrás arriesgaron por él un camino imposible, pero todavía presintiendo en el aire el olor de las bestias marinas.

El que viaja a un oficio definido puede mirar el mundo con más tranquilidad que el que navega a la aventura, pero cada travesía por el océano se vive como un salto al abismo. Todos los aventureros de Indias, soldados o jueces o clérigos, están templados en el mismo acero, y su temblor es el del arco tenso y el de la espada preparada y vibrante. El juez imaginaba un mundo ajeno, pero más allá de las islas ya había mercaderes esperando sus favores y en la costa de las perlas más de un funcionario indignado que reclamaba su presencia. Su nombre aparecía en vigencias de soldados, en plegarias de viudas, en bandos de capitanes y en letanías de clérigos. Al belicoso y enérgico Ursúa se le llenaba la boca en los muelles de Panamá hablando del juez su tío al que vería unas semanas después en

Cartagena, pero en muchos oídos el nombre del poderoso juez sonaba a graznido de cuervo, y había labios que se amargaban pronunciándolo.

Pedro de Heredia, en Cartagena, había afrontado más de un juicio, pero era consciente de numerosas quejas en su contra, algunas verdaderas y graves, y estaba decidido a defenderse y a mantener bajo su mando las praderas y las costas blancas. En su rostro de finas facciones la nariz era un bulto deforme, y tal vez el hecho de que los cirujanos de Toledo le hubieran puesto la nariz que perdió en sus pendencias, injertándole pieles y cartílagos, lo había adiestrado en el arte de improvisar recursos para dar la impresión de una conducta correcta, de modo que estaba afilando argumentos para lidiar con el juez. Procuró que el pequeño puerto fuera agradable y hospitalario, para que nadie quisiera husmear tierra adentro innecesariamente y acabara viendo las turbias acciones que estaban ocultas tras aquella fachada.

En la sabana de los muiscas la noticia del nombramiento de Armendáriz hizo que Alonso Luis de Lugo recogiera de prisa sus riquezas y resignara el cargo en manos de un pariente, de quien después podrá decir muchas cosas, porque es uno de los que fueron con nosotros a buscar la canela. El gobernador Lugo había logrado unir en dos años todo el reino en su contra, y la cercanía del juez era un problema que le convenía esquivar enseguida, de modo que cabalgó hasta los barcos, descendió por el Magdalena espoleando con remos el lomo presuroso del agua, y se llevó hasta el Caribe con engaños al capitán Suárez de Rendón, pensando usarlo como rehén y coartada si hallaba algún obstáculo, pero sobre todo con la ilusión de que los climas malignos y las plagas del camino acabaran con él. Todavía robó unas perlas más en el Cabo de la Vela, y se perdió por el gran mar azul sin revelar a nadie su rumbo.

En Popayán, en cambio, Belalcázar ni se enteraba de que venía en su busca un juez poderoso. Oía noticias del Perú, donde sus viejos amigos estaban divididos y en guerra, y tratando de ayudar a unos y a otros despertaba recelos en ambos. Poco antes había pasado buscando al Perú con sus ojos marchitos el comisionado regio Vaca de Castro. Venía de casi naufragar en Buenaventura, de lidiar con las cordilleras y las pestes, e iba con la ilusión de arreglar el conflicto entre los conquistadores. Belalcázar lo

escoltó con sus tropas por los cañones riesgosos del Patía: había mucho acero y mucha sangre de qué ocuparse en las sierras peruanas. Y el prudente Vaca de Castro le recibió gustoso las tropas, que harto le servían, pero lo devolvió a Popayán con la advertencia de que los bravos paeces podían amenazar la pequeña ciudad. En realidad temía que Belalcázar terminara apoyando cualquiera de las facciones, ya que según rumores había brindado asilo a uno de los asesinos de Pizarro, el capitán Francisco Núñez Pedrozo.

Otras gentes esperaban ansiosas al juez. Lo esperaba el capitán Gonzalo Suárez de Rendón, cuya vida gloriosa y heroica en tierras de Europa había derivado hacia el despojo y la ruina en las Indias, porque un cuarto de siglo antes, en 1519, fue testigo en Aquisgrán de la coronación de un muchacho de su edad como emperador del mundo, cinco años después combatió con honor en Pavía, más tarde acompañó a Fernando de Austria por Hungría y Bohemia, y enseguida luchó en aguas de Túnez contra el pirata Haradín Barbarroja, pero después de explorar las selvas del nuevo mundo y fundar a Tunja en las frías mesetas muiscas y establecer haciendas de ganado y altivas mansiones de piedra, había sido despojado de todo por un bandido con título de gobernador y necesitaba quejarse de los abusos de Alonso Luis de Lugo. Lo esperaban los conquistadores de la Sabana, para que les devolviera todas las encomiendas que Lugo les robó. Lo esperaban los administradores del Cabo de la Vela, para mostrarle cómo habían sido saqueadas las perlas de la Corona. Y lo esperaba el clérigo sin suerte fray Martín de Calatayud, para recibir las bulas que el juez Armendáriz le traía, confirmando su nombramiento como obispo de Santa Marta; el pobre fraile venía de salvarse de un naufragio en las penínsulas resecas de la Guajira.

No puedo dejar de relatarlo, siquiera como una muestra de cómo trata Dios a sus prelados. Dos andaluces le contaron a Ursúa que poco antes de la llegada del juez, un día en que fondeaban en la costa del Cabo de la Vela, vieron aparecer en la reverberación del desierto un cortejo extravagante, gente vestida con la mayor elegancia, con jubones y calzas, con casacas entorchadas abiertas y camisas bordadas ennegrecidas por el sudor y por el polvo. Parecían un grupo de aristócratas que, de regreso de una fiesta, hubieran tenido que pasar por el infierno. Pero los más lujosos eran los de

habla más rústica, y tras ellos venían marinos, dos clérigos susurrando oraciones, y unas diez personas más, todas desfalleciendo de sed, con los labios llenos de costras y la piel requemada por el sol del desierto.

Habían naufragado dos semanas atrás, arriba, por las costas. Su barco, cargado de mercaderías finísimas y con una bodega de barriles de buen vino, no resistió los vientos cruzados sobre los bancos de arena, e hizo agua a la vista de la tierra. Las cajas, los baúles, los cofres con la carga y los maderos con el vino quedaron a merced de las olas y empezaron a llegar a la playa, que habían alcanzado también muchos sobrevivientes. Los rudos marinos no habían visto nunca mercaderías tan finas, tantos paños y géneros, casacas pespunteadas de plata y casullas bordadas que arrojaban las olas, de modo que los más pobres se entregaron al saqueo, diciendo que no podían permitir que aquellas piezas lujosas terminaran vistiendo a las zarzas y al viento, y se alejaron por el litoral con camisas de reyes y arrastrando cada uno su fardo de sedas y olanes bajo el sol, olvidando que su principal necesidad era de agua y de alimentos.

Algunos cofres por fortuna traían conservas, pero el agua faltaba. Forzados por las circunstancias llevaron todo el vino que pudieron, y el vino rojo bebido bajo el fogaje del desierto les produjo una embriaguez insana. Más de setenta que escaparon con vida del naufragio se fueron desgranando a lo largo de la costa, diezmados por la sed y el calor. La embriaguez les apartó el velo de las visiones, las visiones se encarnaron en bestias y monstruos, los cerebros se inflamaban, las lenguas desvariaban, y muchos pasaron de la extrema euforia a la quietud repentina y final. Más adelante encontraron un pequeño ojo de agua, de esos que los indios del desierto llaman jagüeyes, y fue tal la rivalidad criminal que despertó entre los naufragos aquella agua escasísima, que pronto convirtieron al jagüey en un charco de fango del que era imposible beber. Cuando por fin encontraron un jagüey más abundante, unos lloraban pensando en los amigos que habían muerto el día anterior sin alcanzar la bendición del agua, y otros lloraban pensando en los amigos a los que ellos mismos habían ayudado a morir por unas gotas de fango. Así quedaron dispersos por los arenales los elegantes muertos del naufragio, un rastro de cadáveres que el viento y los buitres dispersarían, y sólo cuando aparecieron los andaluces pudo entender cada

sobreviviente la magnitud del drama que había vivido. Uno de los dos prelados que allí se salvaron era fray Martín de Calatayud, pero sus pruebas no habían terminado.

Tras escapar por fin de la selva y del río, yo había visitado de nuevo la isla en que nací, con la que deliré muchas veces a lo largo de aquel viaje desesperado. Allí visité por última vez a mi maestro Oviedo, allí lloré de culpa y de impotencia sobre la tumba que ocultaba las queridas reliquias de Amaney, que fue en la vida mucho más que mi nodriza y mi amparo. Después procuré huir de aquel nido en pedazos y de mi juventud desperdiciada, buscar un suelo firme en la otra región de mi sangre, y ya había cruzado el océano buscando las tierras de mi padre cuando Armendáriz pasó sin detenerse frente a las costas de la isla.

Era el año de escombros de 1544, y sobre mi cabeza escondida en una selva de ejércitos se agitaban los cielos de Europa. Los moros dijeron que ese año Mahoma autorizó a Barbarroja para llevar esclavos mil quinientos cristianos a las costas de África; los frailes afirmaron que hubo santos angustiados en los balcones del cielo, viendo las tensiones interminables entre Carlos V y el Papa Paulo III; los obispos juraron que el Espíritu Santo había descendido a la dieta de Spira a infundir la unión de los estados alemanes contra Francia, que abandonaba la cruz para aliarse con el turco de espada torcida; y hubo quien vio cruzar ángeles con alas de colores mientras Lutero repartía panfletos góticos en defensa del emperador, al que un breve pontificio había comparado con Nerón y con Domiciano. Mientras eso ocurría en los turbios cielos de Europa, fuerzas más primitivas agitaban el cielo del Caribe, región de huracanes.

Cada barco llevaba una historia complicada y sangrienta, y mucha gente nueva iba quedando prisionera en su trama. Europa tiene dogmas y linajes y arcángeles: las Indias son otra manera de vivir, de perseguir fortuna, de hablar con la tierra y sus dioses. Aquí la lengua no nombra las mismas cosas ni las mismas pasiones, aquí verdad y mentira parecen tejidas con otra sustancia, aquí todavía al mundo lo gobiernan los sueños, si no las pesadillas; el oro está más lleno de promesas y arrastra más hombres incautos a la muerte; nada logra volverse costumbre, la sorpresa es el hábito, y cada día trae un sabor mezclado de frustración y de milagro.

Si, descuidando la conversación con las damas, el juez Armendáriz hubiera orientado su catalejo hacia el puerto, habría visto el navío donde Hernán Pérez de Quesada iba con su hermano Francisco Jiménez, buscando quién los salvara del odio de Alonso Luis de Lugo. (Con esta costumbre española de que los hijos escojan su apellido entre los cuatro que llevan sus padres, a muchos les costará entender que Hernán Pérez fuera hermano de Gonzalo Jiménez, el fundador del Nuevo Reino de Granada, y que por eso lo había reemplazado en la gobernación). Era un hombre feroz, que en sus crueles días de gloria había dado tormento a Aquimín, el zaque de Tunja, y acababa de fracasar en una expedición sangrienta por el Magdalena, buscando el tesoro perdido.

Y si en lugar de seguir rumbo al sur, el galeón de Armendáriz se hubiera desviado hacia Cuba, habría tropezado con el barco del propio Lugo, que iba buscando a España por derrotas inusuales, virando al ritmo de los presagios para que ningún funcionario diligente viniera a entorpecer su retorno cargado de ira y de oro.

Por las extensas costas blancas, donde pocos quisieran caminar descalzos porque están cubiertas de pequeños moluscos vivientes que abren y cierran sus valvas rosadas y blancas, las gentes que esperaban al juez se fueron encontrando sin proponérselo. Gonzalo Suárez de Rendón, a quien Lugo acababa de engañar y robar con perfidia, se cruzó en el Cabo de la Vela con el padre Calatayud, que apenas se reponía de los tormentos del naufragio, y tras quien iba siempre un grupo de padres jerónimos, ansiosos de iniciar a los bárbaros en las dulzuras de Cristo. (Digo esto último con ironía, porque cada vez que pienso en esos misioneros veo la silueta feroz de fray Vicente de Valverde, el capuchino que autorizó a mi padre y a sus ciento sesenta y siete compañeros para caer a filo de hierro y a fuego de arcabuces sobre la corte de Atahualpa, bajo el granizo pertinaz de los Andes. Pero tampoco a ése lo perdonó el destino: al enterarse de que Pizarro había sido asesinado, Valverde se embarcó por el mar del sur temiendo morir a manos de españoles, y terminó acribillado de flechas indias en una isla tan pequeña que sólo Dios alcanza a verla).

Mientras el reposado Armendáriz cruzaba el océano, Ursúa cabalgó desde la orilla de Panamá hasta Nombre de Dios, por la sierra asombrosa

que separa dos mares, y siguiendo la ribera de un río animado de escarabajos metálicos y colibríes de largas plumas azules, entre arboledas que ahora miraba con más atención porque no lo urgía tanto llegar a la costa. No eran los aires limpios de Navarra, ni la hondura nítida de la tierra andaluza, ni el resplandor mitológico del Mediterráneo: en el cielo se aborrascaban las nubes, el aire hirviente era como un velo sobre un tejido de árboles, siempre había insectos nunca vistos deteniendo la mirada, grillos con alas de mariposa y grandes ratones acorazados que le hicieron creer más que nunca en la existencia del Herensuge, el dragón de siete cabezas que habían temido sus abuelos. El sol no se reflejaba en los ríos amarillos, y aunque el mar del sur parecía nuevo, porque el primer español lo había visto hacía sólo treinta años, esa mole de agua inexpresiva que Ursúa dejaba atrás, bajo un remolino de calor y pelícanos, ese mar del que nunca salieron caballos alados ni dioses de mármol, parecía llevar en su lomo una fatiga infinita.

En una enramada sofocante donde por fortuna había vino, sobre la playa misma donde las olas tienen que frenar el empuje de la vegetación invasora, vio borrachos tuertos y mancos, residuos que arrojaban al presente cuarenta años de guerras, porque las costas del istmo fueron la violenta cuna de un mundo. Todos pasaron por allí desde el comienzo, y había despojos españoles y portugueses y algún griego con el rostro más viejo que el alma, que ya tenían recuerdos antiguos de estas tierras: historias de su juventud entre pueblos guerreros y campañas sangrientas. De nada hablaban tanto como de la enorme flota de Pedrarias Dávila, la primera fletada por la Corona en mucho tiempo, que treinta años atrás llegó con más de veinte navíos y dos mil aventureros a adueñarse del Nuevo Mundo. Todos los varones que dieron su nombre a la fama en ese cuarto de siglo parecían salir siempre de los barcos de aquella expedición, el Arca de Noé del mundo nuevo. Ursúa volvió a su oficio de niño deslumbrado por las leyendas, y allí empezaron a tener significado preciso para él los nombres de Balboa y de Pedrarias, de Pizarro y de Almagro, de Belalcázar y de Hernando de Soto, de Gonzalo Fernández de Oviedo y de Pascual de Andagoya.

En las playas de Nombre de Dios halló nuevas noticias de su tío. El mensaje, traído por un barco que se separó de la marea de galeones en La

Española, le proponía reunirse con el juez en octubre, en el puerto de Cartagena. Ahora se insinuaban las tierras ocultas al sur del mar de los caribes, y Ursúa se alegró en su corazón con los mandatos del emperador.

A pesar de la alegre y bulliciosa tropa navarra, la soledad había entrado en su vida. Unos pocos meses en las sierras peruanas le habían hecho sentir la dura condición de los aventureros sin poder y sin rumbo, la rudeza de ser nadie en una tierra ajena, y le ayudaron a descubrir algo que estaba en él desde siempre sin ser advertido, tal vez un viejo hábito de su casa o una más honda necesidad de su sangre: el placer turbio de mandar a los otros.

En el pequeño puerto de Cartagena, que parecía arder a media tarde, el juez de residencia Miguel Díaz de Armendáriz, apenas desembarcado en las Indias, recibió a su sobrino con los ojos llenos de lágrimas y un caudal de palabras inagotable. No se habían visto desde cuando Ursúa salía de la infancia, pero entendieron enseguida su afinidad, su deber de ser aliados en este exilio donde los parientes deben reemplazar uno para el otro ciudades y linajes, la costumbre y la ley. El juez ordenó a su cocinero preparar para el joven un buen plato navarro: trozos de pierna de cordero salteados en manteca de cerdo con sal y pimienta, con cebolla dorada, y cocidos en agua al fuego vivo antes de ser regados con vinagre de vino.

Yo puedo imaginarlos sazonando la cena con la evocación de otros platos: el jarrete de cerdo braseado con puerros y vino blanco, el pichón de caza deshuesado con hongos, la merluza rellena hecha en el horno del campo, el chuleton de buey y las alubias rojas con morcilla. No había mejor manera de estrechar los afectos y de afirmar el parentesco que hablar de las comidas de su tierra, bañando todo por un rato en el licor de endrinas con anís que el juez traía entre sus provisiones, antes de que empezara la realidad del mundo nuevo, y desde el primer momento se vio el contraste entre el carácter de ambos. Armendáriz le explicaba al muchacho el complejo mecanismo de los juicios de residencia, y recitaba los mandatos de la ley casi para recordárselos a sí mismo.

«No importa», dijo, «en medio de qué dificultades hayan fundado los conquistadores sus gobernaciones: deben cuidar con especial celo que las leyes se respeten. El derecho de conquista permite la apropiación de riquezas, pero sólo si los pueblos se comportan como enemigos, y nuestro

deber es recoger esos bienes como tributos de súbditos de la Corona y no como piezas de un saqueo».

Ursúa no entendía la diferencia. «Pero es a buscar oro que han venido todos», le dijo sinceramente, «ninguno de estos aventureros correría tantos trabajos y enfrentaría tantos peligros sólo para cumplir con unos códigos que ni siquiera han estudiado». «Precisamente por eso», dijo el juez, «cada día llegan más quejas de los desenfrenos de nuestros hombres. Y si el emperador y sus consejeros han optado por enviar cada cierto tiempo jueces severos a confrontar sus actos con la ley, es porque ni la Corona ni el papado se perdonarían una conquista convertida en campaña criminal. Ya habrás oído hablar de cómo muchos gobernadores vuelven encadenados a recibir su pago final en las mazmorras de España, cuando no les llega primero la justicia divina».

El joven Ursúa entendió que esos argumentos eran válidos sobre todo para los jueces, porque justificaban su presencia en las Indias, y comprendió que su propio interés le ordenaba respetar los mandatos legales, aunque fuera más fácil resolver todo por la espada, sin interrogar tanto los códigos. «También en España me parece que la guerra suspende las leyes», dijo desde el fondo de su sangre guerrera, y añadió en un tono casi juguetón: *«Et je crois bien que, même chez nous, c'est l'épée qui a fondé la loi»*. Y el juez se escandalizaba, aunque después sonreía con benevolencia.

Ni siquiera él, a pesar de sus títulos y de su experiencia en los estrados, podía conocer la mecánica de la justicia en estas tierras distantes. Convencido de que su autoridad no tendría más límites que la ley, le costaba concebir que alguno de los varones que venía a juzgar fuera más poderoso que él mismo. Pero por encima de los buitres vuelan los alcotanes y arriba, sobre ellos, giran las grandes águilas. Tarde entendería las insinuaciones que le hicieron en la corte, tarde comprendió que los jueces también se ven forzados a no verlo todo, a considerar al abrigo de qué títulos poderosos y al amparo de qué escudos se adelantan aquí ciertas rapiñas. Los aventureros casuales no pueden negar su tributo a unos linajes largamente arraigados, y nadie sabe todo lo que se mueve alrededor de un trono.

Los dominios de las cuatro gobernaciones, que por primera vez se reunían bajo la autoridad de un solo hombre, son una tierra más extraña de lo que Ursúa y Armendáriz imaginaban. En cada viaje encontrarían regiones distintas, gobernadas por otras costumbres y ocupadas por pueblos que sólo se obedecieron siempre a sí mismos. Y yo vine a esta tierra, mucho tiempo después, siguiendo los pasos de Ursúa. Buscando entender a ese hombre que fue mi amigo, voy entendiendo el mundo que él recorrió como una tormenta, y que quedó grabado en su alma. Regiones devastadas por guerras e inviernos, pueblos que luchan con dignidad contra lo inevitable y bestias inocentes que emiten su veneno y sus garras, naciones que en el metal de unas lenguas desconocidas recuerdan otro origen y celebran otra alianza, y cuyas tierras no se reflejan entre sí.

En nada se parecen los ostiales de Manaure, bajo los vientos arenosos de la Guajira, o ese Cabo de tierra final que visto a la distancia parece la vela de un barco, a los ríos impacientes del Darién, junto a los cuales mi maestro Oviedo escribió, al soplo de los limoneros, su novela *Claribalte*. En nada se parecen estas llanuras hirvientes de San Sebastian de Mariquita, en el país de los gualíes, donde los bosques tiemblan a lo lejos por la reverberación de la tierra, a los paramos de hojas lanosas de Pamplona, desdibujados por la noche blanca. Cada región alimenta un pueblo que se le parece. Tantos siglos a la orilla del río volvieron a los hombres diestros para nadar como peces y frenéticos para atacar como caimanes; la familiaridad de los montes los volvió silenciosos como niebla y a la vez solos y muchos como las estrellas del cielo; la vida en el desierto los hizo duros y pacientes como cardos; la vida en la selva les dio el sigilo de las serpientes, la agilidad de los monos en los ramajes; los hizo capaces de ver un mundo que hormiguea de color y sonidos allí donde otros sólo ven monotonía y silencio.

En días despejados Armendáriz vio desde la ciénaga las nieves eternas de los tayronas, pero fue el sobrino quien conoció con sus ojos las ciudades de piedra de la montaña, y encontró cerca de ellas a los solitarios buscadores de oro. Muchos recorrieron las llanuras del Magdalena pero nadie llegó antes que Ursúa a la región de los dioses de piedra que custodian el nacimiento del río. Armendáriz conoció de su reino el camino

de agua que sube de la costa hasta las barrancas bermejas, y las montañas jadeantes que ascienden a la Sabana (donde Quesada arrebató a los muiscas, entre los maizales sangrientos, las finas narigueras, los lisos pectorales y los cascos de guerra), pero antes de Ursúa muy pocos españoles visitaron la árida meseta de los chitareros, que mira cañones resecos e infernales. Lejos están los farallones de basalto del oeste, que ocultan el mar del sur y las selvas lluviosas, pero Armendáriz nunca remontó sus riscos entre la niebla: fue Ursúa quien avistó la cordillera de volcanes, con nubes caídas en sus abismos, que se hunde hacia el norte, aunque ni siquiera él pudo aventurarse por las montañas de Buriticá, la cuna del oro, y por los cañones que hicieron la gloria y la ruina de Jorge Robledo. Fue Ursúa quien recorrió con ojos deslumbrados y espada roja las cuatro gobernaciones. Y fue Ursúa quien vio antes que nadie, y tembló al verlo, porque su linaje no era amigo del rayo, el relámpago perenne del Catatumbo.

Mientras el tío miraba los mapas, leía y releía las cartas, y fingía vivir en el mundo cuando en realidad vivía encerrado en los códigos y en un cuerpo lleno de fatigas y alarmas, el sobrino ambicioso recorrió la aridez escalonada del Chicamocha, las orillas de guaduales del Cauca, y los confines del occidente donde Belalcázar fundó sus ciudades. Me habló de los ceibales anegadizos que arrinconan a Cali contra los cerros, de las laderas de Popayán, doradas de guayacanes y custodiadas por el volcán humeante, y de algo que estuvo a punto de ver y no vio nunca: los cañones sedientos con lomos de bestias grises y azules que cercan a Pasto.

Quién creerá que los sitios que nombro son casi extraños para mí, que sólo supe de ellos a través de los ojos de Pedro de Ursúa. Aprendí a querer esta tierra por las palabras de un hombre que no la quería. Veo a Ursúa en las cosas que esquivaba y odiaba, porque unas alas de sangre lo llevaron sobre los reinos sin permitirle reposar ni un instante, pájaro rojo atravesando milagrosas florestas pero incapaz de comprenderlas, negro viento fatídico entre ramas que prometen en vano la dicha. Y a su paso sólo advirtió que por todas estas tierras discordes, que no cabrán jamás en una sola palabra, más de cien naciones de indios resistían con flechas envenenadas y con rezos que dominan al viento, el avance de los hombres del emperador.

Pero la verdad es que ni siquiera eso sabían en los primeros días sofocantes, llenos de entusiasmo, cuando se encontraron junto al puerto de Calamar, y recordaron su tierra navarra, y tomaron posesión ilusoria de sus dominios, tratando de convencerse a sí mismos de que estas gobernaciones eran comparables a los reinos de incas y de aztecas. No conocían aún las noches de la borrasca ni los amaneceres del fango, la fiebre y los mosquitos que reinan a la orilla del río; no presentían la enormidad de la avalancha ni el tributo de piedras de la creciente, la noche que multiplica los tigres y la selva que agrandan las chicharras, los árboles corteza-de-gusanos, las columnas inmensas y leñosas de la selva donde el sol se tropieza, ni las nubes de loros, ni los ramajes enloquecidos de monos diminutos, ni los llanos empedrados de cráneos.

Dejemos por ahora a Armendáriz y a Ursúa remansados en el alivio de hallar cada uno un aliado incondicional de su propia sangre que viene a ayudarle a encontrar su destino, y volvamos la vista hacia ese mar que el juez acababa de recorrer, y donde ya el rumor de su paso iba de boca en boca, con esa prisa que se dan las noticias para llegar a oídos de quien las teme o de quien las necesita.

En La Española los hermanos Quesada se enteraron de que el ansiado juez de residencia había pasado sin detenerse y volvieron enseguida la proa hacia el continente: éste era el juez que debía protegerlos de los abusos del gobernador aborrecible; tenían que contarle la verdad de los hechos antes de que se les adelantara algún emisario del bando de Lugo. Así, pocos días después, el barco que traía a los hermanos ancló en el puerto del Cabo de la Vela, donde hierven los tratantes de perlas y donde desde centenares de canoas se arrojan al mar muy azul los indios pescadores, a buscar ostras en las profundidades. En ese puerto se encontraron con Suárez de Rendón y con el obispo Calatayud, seguido por sus frailes. Todos estaban contentos de viajar por fin en busca del juez, acompañados de personas principales que conocieran la historia reciente de las gobernaciones y pudieran respaldar sus reclamos. Y fue Gonzalo Suárez quien consiguió con urgencia que los recibieran a todos en el barco de Archuleta, que estaba listo para emprender su navegación por el litoral y que debía recalcar en Cartagena más tarde.

Pero el destino se burla de la impaciencia: justo entonces el agua quedó quieta como un estanque, el aire estaba inmóvil, y el capitán informó que tendrían que esperar tal vez varios días, hasta que soplará el viento adecuado para la travesía. La espera habría sido menos incómoda si se supiera cuánto iba a durar, si pudieran por ello desentenderse del barco anclado, pero había que estar listos a navegar en cuanto se movieran los vientos, y eso los obligó a permanecer en el muelle, bajo el calor aplastante, entre el zumbido triste de las moscas de verano, lejos de la frescura codiciable de las grandes bongas de tierra adentro. Algo se estaba gestando en el alrededor silencioso. Y fue en la tarde del domingo siguiente, el 26 de octubre de 1544, mientras jugaban cartas en la cubierta para entretener el tedio y la espera, cuando les llegó la desgracia.